

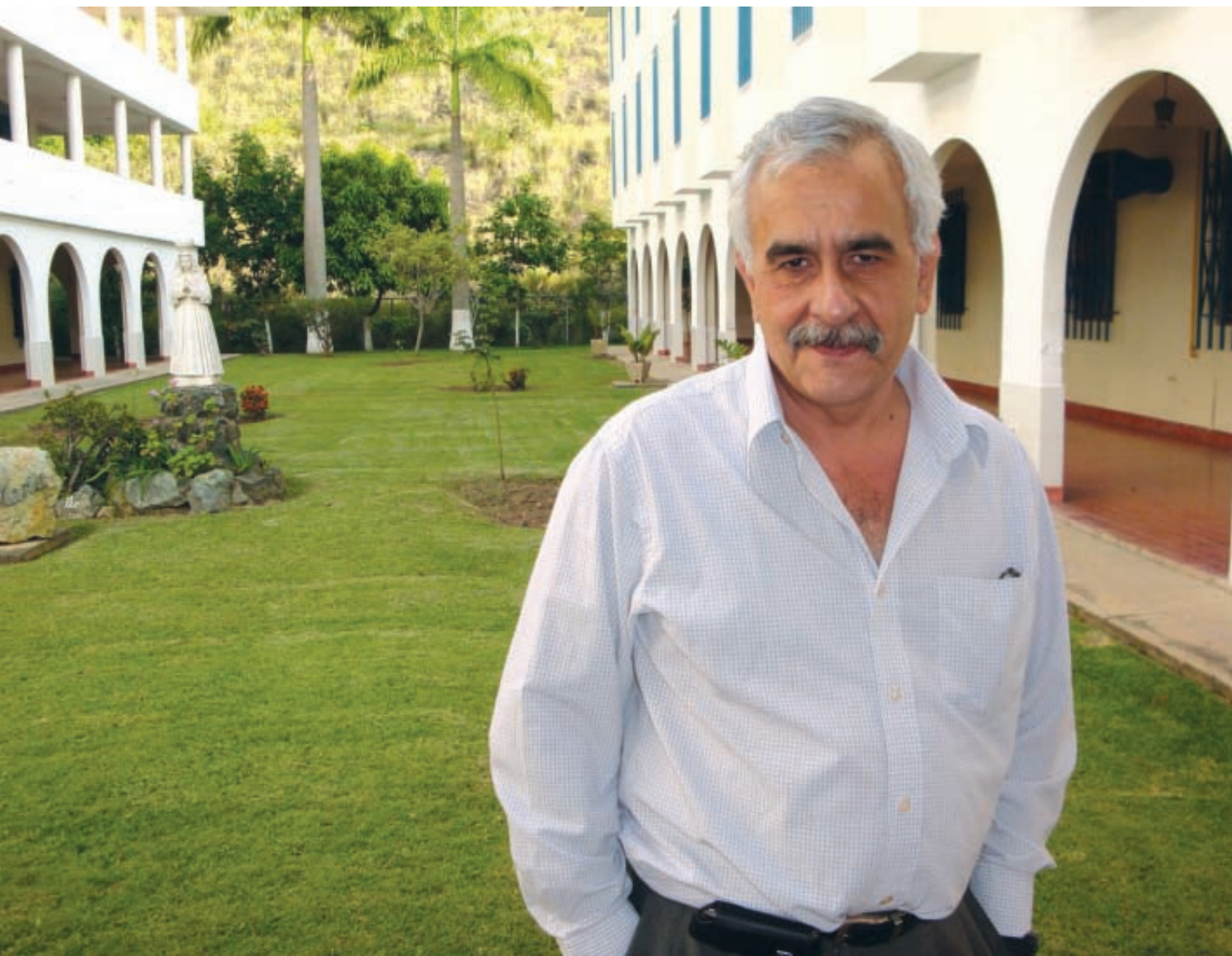
# Constructores de



# PAZ

# Constructores de PAZ

TEXTOS SEBASTIÁN DE LA NUEZ | FOTOS MARIANA YÉPEZ | ILUSTRACIONES HUGO RAMALLO





**PRESENTACIÓN** *Francisco José Virtuoso, s.j.*

# Rostros del compromiso

Grandes redes de rostros ocultos y organizaciones clandestinas desarrollan a gran escala una extensa diversidad de negocios ilícitos, cuyos principales rubros son: el tráfico y distribución de drogas, la venta de armas, el contrabando y el secuestro. Los grandes oferentes se vinculan con medianos y pequeños distribuidores, ampliándose de este modo los tentáculos de esta hiedra que llega a las comunidades de nuestros barrios y campos, a las escuelas y liceos, las cárceles y diversas instituciones de reclusión.

La situación de marginación y exclusión de una inmensa mayoría de nuestra sociedad encuentra en este mercado su modo de vida. La participación en el negocio ilícito ofrece una ventana de oportunidades a muchos que no hallan su lugar en el sistema educativo y en el mundo del trabajo lícito. La tenencia de armas garantiza la supervivencia y también el respeto y la valoración social, en medio de una convivencia caracterizada por el enfrentamiento, la desconfianza y la ausencia de garantías institucionales.

Los oferentes y consumidores de este gran mercado, que crece y avanza sin controles, va generando su propio mundo de vida, imponiendo sus pautas de comportamiento al conjunto social. Así por ejemplo, el *malandro* se convierte en un personaje prototipo con su propio código de conducta, lenguaje y apariencia física; lo que se convierte a su vez en un *boomerang* que sirve muy bien a las prácticas de violación a los derechos de las personas, especialmente en los sectores populares.

Las instituciones del Estado, responsables de garantizar el derecho a la seguridad de los ciudadanos y resguardar sus propiedades, así como el imperio de la ley sobre todos, cohabita, bien sea en complicidad o en negligente permisividad, con este sombrío



mercado. La complicidad se teje a través de múltiples puntos de intersección entre las instituciones del Estado y las redes del delito, comenzando entre altos funcionarios para distribuirse en cascada a lo largo de las jerarquías institucionales hasta sus niveles más inferiores.

La convivencia del Estado con el delito no se reduce a la complicidad de funcionarios con las redes responsables. Los poderes del Estado, al no crear y promover eficientemente las condiciones necesarias para que el derecho a la vida, a la integridad física, a la protección de la propiedad, al libre tránsito, entre otros, sean derechos efectivos, crea por omisión un ambiente de anarquía y desamparo que propicia la propagación del delito y de relaciones de violencia social.

« **SÓLO UNA SOCIEDAD QUE AMA LA PAZ,  
QUE RESPETA LA VIDA, QUE QUIERE  
PONERSE BAJO EL IMPERIO DE LA LEY,  
TENDRÁ LA FUERZA SUFICIENTE PARA  
EXIGIR AL GOBIERNO EL CUMPLIMIENTO  
DE SUS DEBERES**

Cada día se incrementa dramáticamente el índice de homicidios que coloca a Venezuela entre los países del mundo con mayor número de muertes por asesinato. En el año 2010 se registraron aproximadamente 18 mil asesinatos. Esa guerra permanente y cruel ha desatado una auténtica cultura de la muerte, que

exalta el odio, la venganza y relativiza la vida humana despojándola de toda su dignidad. Desde allí se ha expandido una suerte de pandemia social que nos afecta a todos.

La construcción de la paz en la sociedad venezolana se ha convertido en una prioridad fundamental. Es condición para la estabilidad y el crecimiento, para que nuestros jóvenes se identifiquen con el país, para que todos soñemos con el futuro, para que la vida crezca y florezca, para salir del miedo y la desconfianza y avanzar hacia la solidaridad y la fraternidad.

Sólo una sociedad que ama la paz, que respeta la vida, que quiere ponerse bajo el imperio de la ley, tendrá la fuerza suficiente para exigir al gobierno el cumplimiento de sus deberes, y denunciar todo aquello que instrumentaliza a las personas en función de oscuros intereses. Necesitamos una profunda conversión personal y ciudadana, cambiar nuestros hábitos de convivencia, y respetar la vida del otro.

La paz es un derecho de todos. La necesitamos y anhelamos en Venezuela. La paz es el resultado del desarrollo y la justicia que crea solidaridad e inclusión real, que abre oportunidades para crecer como personas. Es también el resultado del orden legal que cuenta con el debido resguardo y control por parte del Estado y la sociedad. Es, igualmente, fruto del respeto al otro y de su dignidad y, en general, de una cultura que ama y protege la vida.

La paz debe expresarse en la convivencia y en una forma de resolver las diferencias de manera pacífica y respetuosa. Las soluciones a los problemas no pueden encontrarse mediante la aniquilación ni la exclusión de nadie, así como tampoco gracias a la aceptación forzada o sumisa de la voluntad del más poderoso, sea éste el Estado, una corporación privada, o cualquier otro actor social, político o económico.

En esta Venezuela violenta, excluyente y conflictiva, el anhelo de paz tiene rostros, historias de compromiso y mucho trabajo abnegado y silencioso. Son nuestros constructores de paz, hombres y mujeres que siembran la semilla de la dignidad, de la justicia, del desarrollo local, en un ambiente que cobra cada día más víctimas. Es un camino que se hace aproximándose al caído y olvidado, en diálogo y respeto, apostando por él, tratando de entender y comprender, enfrentando las causas y creando salidas a los problemas.

En las páginas de este bello libro que hoy se abren ante nosotros, nos encontraremos las historias de vida de hombres y mujeres que ofrecen su testimonio y compromiso con la paz. Nos ofrecen su militancia, las causas que empuñan, los proyectos que sueñan y promueven. Vernos en ese espejo puede contagiarnos su potencial transformador.

Estos hombres y mujeres aman la vida y han vencido el miedo, se han atrevido a luchar desde la intemperie, se han unido a otros, trascienden las dificultades de la vida cotidiana porque creen y esperan.

Son constructores porque van sabiendo unir piezas con habilidad y tenacidad para levantar la obra que llevan en el corazón, porque es a través de pequeños pasos que van logrando avanzar y edificar. Y sobre sus obras otros muchos se levantan, crecen, toman entre sus manos su propia vida y encuentran la senda perdida.

# PERSONAJES y testimonios



## ESPERANZA TRAS LAS REJAS • 8

El mundo de Amelia • 10

Cine desde la prisión • 16

## EN LA ESCUELA TAMBIÉN SE LIBRAN BATALLAS • 22

Tres líderes todoterreno:

Luisa Pernaletе • María Alicia Cepeda • Rosa Casale • 24

Retrato de niños aireando dramas y sueños • 34

Gloria y su equipo tras las huellas de Camuñas • 42



## LA EXPERIENCIA DE OTROS PAÍSES • 50

Ahora somos alguien • 52

Corazón cachaco • 60

Un programa para la asertividad • 64





## DOS MUJERES Y UN DESTINO • 68

Mariluz y Katherine • 70

## ENTRE EL DESARRAIGO Y LA ILUSIÓN • 76

Refugiada y a salvo • 78



## POR LA COMUNIDAD • 82

La culebra se mata con diálogo • 84

Convertir al vecino en gestor comunitario • 96

Foco en tres lugares • 100

## ENTREVISTAS

Germán García-Velutini • 104

Carlos Martín Beristain • 108



# ESPERANZA





# tras las rejas

«Entrar a una cárcel venezolana es prácticamente una sentencia de muerte», expresó en cierta ocasión Humberto Prado, presidente del Observatorio Venezolano de Prisiones, a una agencia de noticias foránea. No exageraba. El **hacinamiento** —más de 44 mil internos donde acaso caben 20 mil— y las condiciones indignas en que viven los privados de libertad son el caldo de cultivo para la agresividad. El país es abanderado latinoamericano en **violencia carcelaria**. Sin embargo, aun dentro de estos terribles submundos crecen muestras de solidaridad y creatividad como remolinos de aire fresco







Privados de libertad en La Planta durante uno de los cursos para confeccionar chinchorros.



Amelia trabaja con la educadora Aurora Belandria, quien con un tesón sin igual comenzó desde 1988 a visitar cárceles con el apoyo de la Pastoral Penitenciaria de Venezuela; luego trabó contacto con la ONG Confraternidad Universal, que se instaló oficialmente en el país en 2002. La Confraternidad fue fundada en Estados Unidos por un colaborador de Richard Nixon que estuvo preso por el caso Watergate

# El mundo de Amelia

Amelia Medina Rodríguez comenzó en 2005 a visitar en calidad de voluntaria –a nombre de la ONG Confraternidad Carcelaria– el penal caraqueño de La Planta. Desde entonces, todos los jueves, sin falta. Y ahora cada día de la semana laboral. Persevera a pesar del secuestro que sufrió, a pesar de los tiroteos y las huelgas. Su concepto de los privados de libertad no se parece al que suele albergar la mayoría de los ciudadanos: «Ellos tratan de recibirte como cuando tú vas a mi casa de visita y yo te ofrezco un cafecito. A esos muchachos no puedes verlos como un número. A cada uno debes verlo como un familiar tuyo»

**H**ace poco un preso que ella acompañó, previa autorización, a un hospital por motivo de una hernia, de pronto se vio solo por distracción de su guardián. Salió de allí por propia cuenta, viéndose en completa libertad... pero volvió a la cárcel a las pocas horas. Lo hizo por Amelia, por la responsabilidad que ella le había inculcado.

La primera vez fue a La Planta invitada por una amiga de su parroquia, en Carapita. Nació en Caracas y siempre ha vivido allí, en Carapita, ese sector del oeste donde las casitas se montan unas sobre otras formando caprichosos mapas de la precariedad. De ese enjambre de zinc y bloques salió esta mujer que se les ha hecho imprescindible a muchos

reos de La Planta. Gente que no tenía ni norte ni sur en la vida y cuyo destino hubiese sido seguir en la miseria, la droga y la violencia, ha encontrado una esperanza de vida gracias a ella. No es una mujer particularmente fuerte. Es, nada más, Amelia. «Desde el primer día como que se me quedó el corazón preso allá dentro», dice durante una tarde de sol y niños en los jardines de la Universidad Católica Andrés Bello.

Ya en la adolescencia quiso hacer algo por los jóvenes. Estudió para enfermera, trabajando al mismo tiempo, y al graduarse entró al Hospital Pérez Carreño; ejerció en las clínicas Ávila y La Floresta y, antes de entrar en la ONG Confraternidad Carcelaria, se había puesto a trabajar por su cuenta: le iba mejor y tenía

más tiempo para su familia pues está casada y tiene tres hijos.

Aquel primer día en La Planta con su amiga Omaira (de la parroquia San Joaquín y Santa Ana) las recibió el padre Francisco Rondón, quien condujo a Omaira a los pabellones donde se encontraban los presos repartidos en esas cajas de cemento. No se había imaginado cómo era aquello. A las jornadas médicas de 2006 la invitaron como enfermera. Sus visitas a La Planta se regularizaban: cada jueves, galletas o cualquier dulce para los reos. Notaba que lo que les interesaba realmente era el simple hecho de la visita, y se fijaba en que se esmeraban por recibirla bien.

Siempre así a partir de aquel primer jueves de 2006 hasta hoy, cuando La Planta es más infierno que nunca debido a la violencia entre pabellones. Pero ella pasa como acorazada por la puerta azul de entrada al penal y continúa dando cursos que se llenan de internos ávidos por recibir un aire de frescura, una promesa de que la vida puede ser otra cosa distinta a un chuzo bajo la colchoneta y una *culebra* montada entre pabellones.

« Solamente de la mano de Dios se puede caminar por la cárcel. Con la conciencia de que no eres nadie especial sino un simple instrumento de Dios para hacer algunas cosas allá adentro. Y terminas recibiendo más de lo que les das. Terminas recibiendo mucho amor

## SIN FALLAR JAMÁS

Hay épocas en que el ambiente se tranquiliza, se negocia, hay *calma chicha*. Pero se palpa la angustia después de lo sucedido en El Rodeo, lo de la toma violenta. Hay días en que ella se queda afuera pues no hay seguridad. Asiste cuatro días a la semana excepto los miércoles —día de visita, se supone que los reos están ocupados atendiendo a sus familiares—, pero a veces también va los miércoles, como por ejemplo si se organiza una donación de ropa o de cualquier otra cosa. Se ofrece para cargar la mercancía hacia adentro, junto con gente de la unidad educativa, y distribuirla.

La rutina: llega a las 8:30 de la mañana; espera a que abran las puertas de los pabellones. Los reclusos siempre amanecen encerrados. Deben marchar a la unidad educativa, y cuando están todos allí, ella se va a los pabellones a eso de las 9:30 am. En la unidad educativa los reclusos reciben cursos de capacitación de la Asociación Venezolana de Educación Católica. También funcionan las misiones, aunque han estado paralizadas por las trifulcas y manifestaciones. En los pabellones toma la asistencia de quienes permanecen dentro. Para que pudiese haber cursos se comprometió en tal tarea ya que los funcionarios no entran allá. De modo que lleva unos cuadernos para control de asistencia, y esa data luego es pasada al libro de la unidad educativa: es importante pues es la vía para contabilizar las horas que le serán computadas a cada reo a la hora de la decisión sobre su redención de la pena.





Amelia trabaja, entonces, con quienes no salen a la unidad educativa; pero no puede contar con quienes, estando en los pabellones, deben atender alguna obligación concreta como limpiar, cocinar o permanecer en la garita. Esos pabellones tienen sus propias reglas. Si no siguen las órdenes, enfrentarán problemas con sus propias autoridades, es decir, con su *pran*.

En El Avión —así llaman a uno de los pabellones— se dan cursos de electricidad, primeros auxilios y reparación de electrodomésticos. Los instructores se captan dentro de la misma población penal: ella se limita a coordinar y supervisar que se cumpla el horario. El que sabe de zapatería, por ejemplo, le enseña ese oficio a sus compañeros y se le reconocen seis horas por turno como instructor. Y a los otros, cuatro horas por estudiante. Horas computables para la redención de la pena.

De modo que los de El Avión y Enfermería —otro pabellón— suelen asistir a sus clases. Quedan los pabellones 1, 2 y 3, los más conflictivos, por fuera. Allí está casi la mitad de la población penal. En esos pabellones no se pue-

de circular libremente. De modo que ni salen ni dejan entrar. En algún momento se van a ver obligados, por las horas necesarias para la redención, a pedir los cursos.

A un preso apellidado Chacón lo sacaron para ser operado de una hernia en el hospital El Algodonal. Amelia lo visitaba en las noches pues ese hospital se encuentra dentro de su parroquia; incluso el capellán del hospital pertenece a la iglesia San Joaquín y Santa Ana de Carapita. Resulta que Chacón, en un momento dado, fue dado de alta y, cuando se disponía a regresar a la prisión, no halló al custodio por todos esos pasillos y decidió irse por su cuenta. Esa noche, por cansancio, Amelia había desistido de ir a visitarlo. Cuando llegó en la mañana le dijeron: «Tu preso se escapó».

Ella se fue al penal y allí se encontró con la sorpresa: Chacón estaba en el patio. Había decidido regresar. ¿Por qué no escapó? Todavía Amelia se lo pregunta. Adujo el propio Chacón que ella le había insistido mucho en que si se escapaba en esas circunstancias, los compañeros no saldrían en caso de necesidad como el suyo.

## PASTOR Y MIGUEL

Pastor Jesús Roos Salcedo nació en El Guarataro, parroquia San Juan. Cayó preso en 2005 y fue sentenciado, pagando seis años y un mes. Quince años atrás había estado preso por otras razones.

En La Planta fue enviado a *Salaecura* —le dicen así porque antes era una sala para atender a los enfermos, pero después, con el hacinamiento, se convirtió en otro pabellón— y allí llevaba un mes encerrado cuando conoció a Omaira y Amelia. Se puso a dar cursos de artesanía porque sabía de eso desde la prisión anterior. Tiene cincuenta años y logró el tercer año de escolaridad. Los seis años que estuvo preso no vio a su familia. Su hija lo encontró recientemente, tras salir en libertad, cuando tomaba café en Plaza Caracas. Ella vende jugos. Pastor Jesús busca trabajo casi con desesperación.

Dice que le gusta la cocina, que sabe montar techos-raso y también sabe de electricidad.

Está quedándose entre domingo y jueves por la noche en un centro de pernocta de La Guaira. Carga en el bolsillo una boleta o carnet de la Dirección Nacional de Servicios Penitenciarios con un sello en su cara posterior del Mi-

nisterio de Relaciones Interiores y Justicia. En esa boleta le van llenando, a bolígrafo, los días que sale y los días que debe volver. Esta vez le dieron un día adicional. No tiene que regresar el domingo, sino el lunes. Eso fue porque se portó bien: lavó los corotos del centro de pernocta. Dice que hay 198 ex internos allí pero que han matado a siete u ocho de ellos en la calle. Los demás prefieren quedarse por fuera. «Entonces tú sabes que la corrupción es libre. Y ellos le pagan al vigilante para no ir a dormir. Pagan cuarenta mil diarios. A mí no me gusta pagar; me gusta cumplir con mi *pernota*. Si tengo buen comportamiento, la delegada de prueba me da un día adicional libre». Se llama Centro de Tratamiento Comunitario Dr. José Agustín Méndez Urosa.

Siempre va a la iglesia del Carmen en la avenida Sucre, donde el padre Dionisio. Pastor Jesús lleva un libro como un misal para todas partes, bastante ajado: *Teología bíblica y sistemática*.

Para él, Amelia es su hermana, su amiga. «El sustento de mí, ¿entiendes?, porque son personas que en realidad se preocupan por uno».

Por su parte, Miguel Agustín Acosta —33 años, moreno, hablar pausado y de precisa elocuencia— salió libre en diciembre de 2010 luego de tres años de encierro entre La Planta y Yare. En La Planta, Miguel Agustín vio, por decirlo de una manera bíblica, la luz.

Cuando estaba en Yare no creía en nada. «Vivía como quien dice el mundo equivocado. Luego me salió el traslado». Dice sin ambages

«A esos muchachos que vas a atender no puedes verlos como un número. A cada uno debes verlo como un familiar tuyo. Sin esperar nada a cambio, porque debes estar consciente de que la vida que le ha tocado vivir es diferente. Esto hay que hacerlo con optimismo, pero también con serenidad y conciencia. Nos hacen falta todavía muchas herramientas para lograr un trabajo completo»



Amelia con Pastor  
(de lentes) y Miguel.

que tenía todos los vicios encima: «La vida equivocada», la llama él. Pero algo sucedió que le hizo cambiar. «Cuando llegué a La Planta era diferente, podías movilizarte con más tranquilidad. Aunque es un penal como cualquiera, con peligros. Pero el peligro lo busca uno mismo. Si estás en lo bueno, consigues lo bueno; si estás en lo malo, consigues lo malo. Ahí conocí a la señora Amelia». Se dedicó a los cursos de electricidad, manualidades, artesanía. Hizo hamacas y chinchorros. «Lo que teníamos era que poner la fuerza de voluntad. Me sentía bien pero con el mal siempre acechando».

A pesar de las acechanzas propias y externas salió adelante, y los evangélicos le mostraron a Dios. Los evangélicos tienen una enorme presencia en las cárceles. En La Planta estaba el pastor evangélico Alexander, un interno más.

Miguel Agustín tiene una hija de doce años, un niño de diez y una pequeña de nueve años. Yandira Rodríguez, TSU en hotelería, lo acompaña. Es su mujer actual. Dice que ha sido como una bendición; la prueba de que, estando en lo bueno, atraes las cosas buenas.

«Muchas veces creen que no tienen derecho a nada. Cuando te acercas y ven que no es a pedirles les parece algo tan grandioso que tienes que empezar por hacerles comprender que se merecen eso y más, como seres humanos y personas respetables que pueden volver a ser. Las cárceles que regeneren son un sueño todavía, pero algún día habrá de suceder»

Es que Dios se la envió para que lo cuidara y lo alertara cada vez que a él se le meten esos *cocuyos* malos en la cabeza.

Sigue ligado a la Confraternidad. De hecho, lleva a sus muchachos a las jornadas de recreación como en esta tarde de sol y niños correteando en la Plaza del Estudiante de la UCAB (Universidad Católica Andrés Bello). Hace pocos minutos recibían el cotillón y jugaban según las indicaciones de los animadores disfrazados de comiquitas.

—Ahora pienso que era malo conmigo mismo; que no me quería. Cuando estás así no quieres a nadie porque no te quieres a ti mismo. Ahora pienso primeramente en ellos (sus hijos) antes de hacer cualquier cosa.



# Cine desde la prisión

Un día Yohalix Díaz fue uno de los violentos de Caracas; ahora sabe lo que es sentirse bien con el trabajo que uno hace. No quiere saber más nada de la vida que padecía antes de ir a prisión. Allí, en Yare, fue donde una señora llamada Livia Montes llegó un día para darle la oportunidad de convertirse en camarógrafo, actor y guionista. Grabó y editó, junto a varios compañeros de presidio, dos cortos bajo la dirección de esta mujer del cine club Waleker. Ya libre, Yohalix piensa en un guión para largometraje: «Ficción con un poquito de drama», anuncia. Admira al actor Al Pacino y ha encontrado la ilusión de su vida en un oficio digno

**L**ivia militaba en la izquierda en los ochenta, visitaba barrios para ganarse a la gente con sus cortometrajes y películas. Cuando dejó la militancia, quizás un poco harta de las cegueras políticas, quiso seguir en lo suyo, la cultura popular, así que conformó junto con un par de amigos de Catia este cine club bajo el nombre Waleker (una palabra wayú que quiere decir *araña tejedora*). Comenzó a proyectar cortometrajes prestados por la Dirección de Cine del Conac (ella estaba afiliada en su calidad de cineclubista), y con un proyector de 16 mm auestas iba a las escuelas que le quedaban cerca, en Catia. Un día, un amigo la invitó al Retén. Llegó allí con el proyector —nada de monitor ni *video beam*—

y sus latas de celuloide para regalarle un rato de alegría a los reos como lo había hecho antes con los liceístas o en cualquier casa de la comunidad catiense. Pero cuando entró, ahí sí es verdad que se le volteó el cielo: vio el maltrato ante sus ojos. Los guardianes ni siquiera cuidaban las formas ante una visita.

—Me comprometí cuando vi esa realidad.

Había gente como ratones y celdas como cuevas, sin un hueco hacia la luz. Sobre todo en los pabellones que quedaban en el sótano, verdaderas cloacas llenas de zombis de piel amarilla.

—Las condiciones eran inhumanas.

Se quedó. Al principio una vez a la semana, luego dos veces. Al comienzo la acompañaban



Un día, un amigo la invitó al Retén. Llegó allí con el proyector –nada de monitor ni *video beam*– y sus latas de celuloide para regalarle un rato de alegría a los reos como lo había hecho antes con los liceístas o en cualquier casa de la comunidad catiense

el subdirector y dos guardias, pero cuando los problemas crecieron en el penal, no.

En más de quince años haciendo esto ha recorrido, además, La Planta, el Internado de Los Teques, El Rodeo, Yare, el Internado de San Juan de los Morros.

—Me gusta, cuando voy a un penal, conocerlo bien y que me conozcan bien los reclusos.

Estuvo trabajando en Yare hasta noviembre de 2009, donde hizo tres cortometrajes con los internos. Ellos aprendieron con ella técnicas básicas y el lenguaje del medio. Hicieron el argumento de cada uno de los trabajos. No todos al mismo tiempo pues pertenecían a diferentes pabellones, y ya se sabe que presos de diferentes pabellones no se pueden juntar.

Allí estaba Yohalix Díaz, quien se llama así porque todos los nombres de la familia deben empezar con y griega. Es una tradición. Yohalix se tatuó su nombre en el antebrazo izquierdo, para que a nadie le quepan dudas: hache intercalada y una equis al final. Pero más allá del tatuaje y del nombre hay un joven ilusionado que alguna vez se vio envuelto en una vorágine de violencia. Le dieron treinta años de condena. Estuvo en tres penales. No sabía qué hacer con su vida. Hasta que Livia le abrió una ventana. Tan sencillo como eso.

**A Yohalix siempre lo ha asombrado Livia Montes: cuando él se encontraba interno en Yare, durante un momento tenso, escuchando tiros de lado y lado, esa mujer era la única facilitadora que llegaba en plena balacera tratando de poner el penal en calma**

## MORTANDAD EN PRO PATRIA

Nació en 1980 en Catia. Estudió la primaria en un colegio llamado La Sagrada Familia, y después pasó por varias escuelas más hasta llegar al liceo Fermín Toro para empezar el bachillerato; pero nada más estuvo unos meses y allí quedó su educación formal.

En Pro Patria se enroló en una banda delictiva, y a raíz de eso perdió familiares y amigos: seis primos, un hermano y un tío perdidos en alguna disputa de territorios o de lo que fuera. Es mejor no hablar de eso; que quede en el pasado pues al pasado pertenece.

Para él, Livia Montes es el mejor ejemplo que ha conocido porque cuando estaba en Yare durante un momento tenso, «escuchando tiros de lado y lado», era la única facilitadora que llegaba allí «en plena balacera tratando de poner el penal en calma». La conoció cuando llegó ofreciendo su taller de documental. Yohalix, por iniciativa propia, se metió allí. Aprendió audio y video, cámara, luces. Al salir del penal —estaba condenado a treinta años, pero logró por buena conducta que le redujeran la pena a poco más de siete años— siguió un curso intensivo de camarógrafo en Ávila TV, aumentando su aprendizaje en ese rubro: ahora sabe lo que son movimientos como *tilt up*, *dolly in* o *zoom back*. Pero ya estaba iniciado por Livia y había acumulado experiencia en prisión.

—Ella me encaminó en la actuación y en el mundo que está detrás de las cámaras.

Después de aquellos primeros cursos con Livia, ella llegó con la idea de hacer un cor-









tometraje. Varios compañeros y él mismo se pusieron a trabajar, partiendo de una idea común, actuando, haciendo cámara y luces. El corto se llama *Luchar por ser libre*. La única institución que ayudó a Livia con esto fue Fundayacucho.

Y después hicieron otro, *La llamada*.

Ahora Yohalix alberga la ilusión de hacer una película pero sabe que el mundo del cine es difícil. El otro día le entregó sus proyectos al director de la película *Hermano*, Marcel Rasquin, «a ver si de casualidad tengo algo de suerte y me llama para cualquier tipo de papel». Pues Yohalix, fibroso y tatuado, guarda

ambiciones actorales y también en eso se está cultivando. De Al Pacino conoce todas sus películas, pero sobre todo *Caracortada*, *Carlitos's way*, *El abogado del diablo* y *Fuego contra fuego*. Él y Robert De Niro están entre sus actores preferidos.

—*Has cambiado de vida, ¿no?*

—Por completo...

—*Gracias a ti mismo.*

—Y gracias a Livia, que me ha enseñado un camino.

—*¿Y qué hizo que algo cambiara en tu interior?*

—Durar siete años preso no es fácil. En el



transcurso de esos siete años uno madura. Encontré una razón para seguir adelante y quien me la hizo ver fue Livia. No me lo esperaba... Cuando salí de la prisión no me esperaba que me llamaran para otro cortometraje. Livia me llamó para varias entrevistas y a raíz de eso estoy pegado a la actuación, al mundo del cine y de las cámaras.

Salió de prisión en diciembre de 2010, ya que las autoridades tomaron en cuenta su conducta. Estuvo trabajando con un tío pero eso de trabajar con un familiar, dice, más bien perjudica. Ya es un hombre de 31 años, con una hija de siete —tenía apenas cuatro meses

cuando fue llevado a prisión—, y aunque ahora ha vuelto a vivir con sus padres en El Junquito —la familia se había mudado de Pro Patria mientras estaba en prisión—, sabe que tiene responsabilidades: ve a su hija cada quince días. Necesita independizarse, un trabajo estable. Hacerse una carrera. Tiene alguien por quien ver, como él mismo dice.

Pero si alguien le plantea volver a Pro Patria, ni de visita.

—¿Para qué ir allá? Lo que me trae es problemas. Quiero tratar de alejarme de ese mundo por completo. Ahora tengo metas, tengo sueños, y quisiera concretarlos.





# EN LA ESCUELA

## también se libran batallas

Una exhaustiva encuesta realizada para el Centro Gumilla reveló que, en las escuelas de las más populosas parroquias de Caracas, 73% de los estudiantes ha presenciado **situaciones violentas dentro del plantel**. La tipología va desde agresiones verbales (88%) a las físicas (79%), pasando por abuso de poder (24%) y abuso sexual (5%). Probablemente estas cifras se repitan, con algunas variantes, en el resto del país. Tres mujeres venezolanas, en diferentes puntos geográficos, muestran el lado proactivo de la frase «tomar al toro por los cachos»: buscan en la casa familiar y en la comunidad que habitan los muchachos las claves para **voltearle el rostro a la violencia**. Pero también hay otras experiencias dignas de ser reseñadas en este combate: TAAP, un taller de arte que pone en las pequeñas manos herramientas de expresión, y la rica andadura de la ONG *Luz y vida*, en Petare



# Tres líderes todoterreno

Perdonar sin que te quede nada por dentro; proponerse cada día regar entre tus propias paredes hogareñas una frase como «la paz esté con nosotros»; escoger siempre la vida y celebrarla, dejando en la tierra la mejor semilla posible; hacer que la escuela y la familia se den la mano y mostrarle al adolescente una ruta con valores para que trace su propio proyecto de vida: son cosas que se aprenden junto a Luisa Pernaletе

**L**uisa Pernaletе nació en Barquisimeto, estudió en Maracaibo y ha hecho carrera como docente entre Zulia y Ciudad Guayana desde los 21 años, creciendo como persona y profesional junto a Fe y Alegría. Comenzó como profesora de Historia y ha llegado a ser directora zonal. Hoy se desempeña en el Centro de Formación e Investigación Padre Joaquín ([www.cfipj-feyalegria.org](http://www.cfipj-feyalegria.org)). Su preocupación por los niños, por la violencia que sufren o de la cual son testigos, es una constante. «Que la infancia sea para contar cuentos y no para funerales», ha escrito. Le preocupan los 120 mil embarazos en menores de edad que se producen en el país cada año, lo cual convierte a Venezuela en la nación con el mayor índice de niñas preñadas en América Latina; los niños que se inician en el alcoholismo a los doce años, el horror de

las armas dejando como secuela la muerte de miles de jóvenes.

El campo de acción de Luisa es, pues, la escuela. En este ámbito, afirma, la paz debe primero desearse para que tenga posibilidades de hacerse realidad. «Estamos inhalando mucha violencia y la estamos devolviendo; los maestros estamos tan agobiados que no nos damos cuenta de lo que está pasando, y por lo general le echamos la culpa a la familia. Estamos en una especie de voleibol, pasándole la pelota al otro, y mientras tanto la violencia sigue creciendo».

Pernaletе desarrolla su ilusión hoy a toda máquina, con un libro de su autoría: *Conversaciones sobre la violencia y la paz, una invitación a la convivencia pacífica*. Con ese fundamento y el apoyo de un grupo de catequistas, maestros y hermanas que forma como facilitadores, da



« Estamos inhalando mucha violencia y la estamos devolviendo; los maestros estamos tan agobiados que no nos damos cuenta de lo que está pasando, y por lo general le echamos la culpa a la familia. Estamos en una especie de voleibol, pasándole la pelota al otro, y mientras tanto la violencia sigue creciendo

el curso *Madres promotoras de paz*. Su idea es hacer de las madres que viven en las peores condiciones de pobreza –comenzó en Ciudad Guayana, luego El Vigía y Barquisimeto: el objetivo es el país entero– seres comprometidos con la paz, con sus hijos, con el país. Madres promotoras de paz está cambiando a las mujeres a quienes toca, aun cuando no lo han completado sino en sus dos primeros niveles, cuyos títulos son harto sugestivos: *La paz comienza con pe de persona* y *Ahora somos comadres*. Una manera de llegar al corazón: «Es que ahora soy madrina de sus hijos, ¿sabían?», les dice a las mujeres, muchas de ellas con un historial de agresiones contra sus propios hijos.

Han cambiado. Tanto, que en una de las comunidades se juntaron las 22 madres asistentes del curso y organizaron un plan vacacional para los 105 niños en peores condiciones de la zona. Algo que jamás se les hubiese ocurrido antes. A una madre que trabaja como bedel en una escuela, y que también había asistido al curso, la escuchó aconsejar a otra que le gritaba a su hijo: «Señora, respire, cuente hasta diez». Lo mismo que Pernalette les dice en el curso. La cruzada de Luisa Pernalette está llamando la atención de los medios porque incide en parroquias como Vista al Sol, municipio Caroní, con fama de ser una de las más peligrosas de San Félix.

Luisa lleva a esos cursos y descubre ante esas mujeres algunos secretos o claves que quiere compartir. No hay *copyright* posible. Ojalá todo el mundo se los copiara, dice ella

misma. Las pone a recuperar su historia. Las mujeres hablan, intiman y coinciden en que eso mismo que están reproduciendo en sus hijos fue lo que ellas escucharon en su niñez. Cosas como *tú no sirves para nada* o, peor aún, *ojalá no hubieras nacido*. Y Pernalette les hace cortar ese hilo de violencia verbal. Les hace llegar a la conclusión de que a cada una de ellas eso le dolió mucho, y que sus hijos no merecen pagar por ello.

Dicta este curso a nombre del Centro Padre Joaquín, donde maneja el departamento Educación para la Paz. Por cierto, ella es el departamento completo. En ella comienza y en ella termina. Ojalá se le sumara más gente.

## MARÍA ALICIA CEPEDA

El Grupo de Orientación Familiar nace en 2003 en la escuela Fe y Alegría del barrio Estrella del Valle, al noroeste de Maracaibo, kilómetro 12, vía La Concepción. La maestra María Alicia Cepeda ha roto, con premeditación y suma alevosía, las barreras de la escuela para ir donde niños y adolescentes tienen su otro espacio de vida: la casa, la comunidad, la calle. «Tienes que salir de las paredes de la escuela para mirar esa realidad y abordarla». Así lo dice, con una convicción plena. Ha visto los resultados de esa política, y está feliz.

Estrella del Valle es un sector marginal y no llega el transporte hasta la escuela donde estudian unos 750 alumnos desde pre escolar hasta noveno grado. Al director, José Chirinos, sabiendo que la escuela y la casa no deben



andar cada una por su lado, se le ocurrió este programa o modalidad de juntar a la gente para dar orientación familiar. «El acto de educar no sólo lo tiene la escuela sino que es una responsabilidad compartida», dice Cepeda. La cosa se fue armando cuando Trino —así llaman al laico Chirinos— comenzó a convocar a ciertos padres, los más consecuentes, reuniéndose con ellos para compartir las experiencias de la familia. Sin embargo, resultó que quienes asistían eran más bien abuelos, tíos, hermanos e incluso vecinos, pero raros los padres. Así, los docentes de Fe y Alegría comenzaron a pensar que la escuela para padres en principio pensada habría de convertirse en algo más. Cepeda asistía —asiste— sin falta cada jueves a las 6:00 de la tarde a las reuniones. Por una parte, adultos y, por otra, los niños. Cada sesión se inicia con una oración, un canto o una lectura reflexiva. Allí siempre hay una silla para Jesús, quien les ha dado la fortaleza para seguir haciendo lo que hacen. Luego ensayan alguna dinámica para romper el cansancio del día de trabajo, algo como para reír y relajar el ánimo. Una charla preparada de antemano es el plato fuerte de la jornada, resultado de un tema propuesto la vez anterior, un tema que le preocupa e inquieta a la gente. Alguien prepara un material y lo expone. De este modo se han paseado por problemas tales como violencia doméstica, alcoholismo, cómo ayudar a los muchachos con las tareas, etcétera. Todos comparten experiencias y cada quien cuenta su historia. A



Carrizo (izquierda) y Cepeda: juntas para cambiar actitudes en la comunidad.

veces uno de los asistentes, recordando sus vivencias, se suelta en lágrimas y debe detenerse la sesión. Entonces llega la solidaridad de los demás y el asunto toma el cariz de una terapia. Cada sesión termina con reflexiones y ciertos compromisos: ¿qué puede aportar cada quién ante la situación discutida? Todos lo saben: al regresar a sus casas, las cosas continuarán igual... Y sin embargo: «Hay algo que cambia: la propia persona. Ya uno regresa a la casa con otras herramientas».

Al final de cada reunión, los niños que han estado en la otra sesión vienen a compartir y resulta un momento de solaz para comer las empanaditas que una señora llevó o la conserva de coco de una abuela.

Se organizan, además, talleres con profesionales: psicólogos, educadores, especialistas en diversas áreas.

Marlene Carrizo, ama de casa con sus hijos

en la escuela, está presente y cuenta su experiencia antes y después del GOF. Ella vive a dos cuadras de la escuela y su esposo es sargento de la policía regional.

—Cuando empezaron las reuniones él decía que no iba a perder el tiempo.

Pero ella lo fue convenciendo y, ahora, ambos ven el cambio:

—Ahora es un hombre más amoroso y me ayuda en los quehaceres de la casa, que antes no lo hacía.

Cada padre o representante; cada vecino, amigo o desconocido que ha contado sus problemas es una lección asimilada. Marlene reconoce que gritaba mucho a sus hijos. Tiene tres varones y una hembra. En su humildad ha aprendido que si no hay comunicación en la pareja, el amor y el respeto corren el riesgo de perderse. «Por eso digo que como familia tenemos que aprender, o sea, estudiar».

Conclusión de Cepeda: también se nota el cambio en la relación de los muchachos en la escuela con los demás. Sin embargo, tampoco el Grupo de Orientación Familiar es la fórmula única que va a conseguir que haya paz. «Pero vamos viendo casos de familias que van cambiando, actitudes en los muchachos que van mejorando. Y es que la escuela no puede estar divorciada de la familia, de la realidad del alumno. Estás formando personas. Debes hacerlo de manera integral, para que su práctica en la vida diaria respire y hable valores. No basta con formar el conocimiento; debes formar el corazón. El alma».

## ROSA CASALE

En el sector La Montaña, de Turgua, zona rural del municipio El Hatillo, se yerguen varias edificaciones de ladrillo junto a un campo de beisbol cuyos *dogauts*, por cierto, fueron contruidos por gente de la comunidad. Si el visitante bordea el camino aledaño, que da al sureste, verá Filas de Mariche a lo lejos. Caracas y su barullo están aún más lejos. Al colegio Mano Amiga La Montaña se accede luego de sortear una tortuosa carretera llena de huecos por todas partes excepto por el lado que da al cielo, el cual parece, visto desde allí, un cristal pintado a brochazos azules por un artista ingenuo.

Mano Amiga es el centro de los desvelos de Rosa Casale, arquitecto de origen y docente por vocación definitiva. La moviliza una inquietud social que le viene desde la cuna. Producto de un hogar profundamente cristiano, durante quince años de su vida canalizó esta pulsión haciendo catequesis en barrios como José Félix Ribas, en Petare. En cierto momento, según ella misma describe, se le movió el piso: se le muere un hijo adolescente, se divorcia, de repente se encuentra fuera del trabajo de siempre. En esos días conoce a un sacerdote legionario de Cristo, Carlos Zancajo, quien la invita a sumarse a un proyecto. Cuando Zancajo la lleva a Turgua queda prendada de aquella precariedad en la que vivían los niños. La propuesta fue, en concreto, convertirse en directora del colegio en construcción. Aceptó. Puso en práctica una premisa: si los maestros están bien, los alumnos están bien. Surgía Mano Amiga





« Creo que en este país no nos permitimos soñar. Y uno tiene que soñar y saber que se puede, eso es lo que les enseñamos a nuestros muchachos: que con constancia y mucho amor, se puede. Siguiendo a Cristo que es nuestro modelo, nuestro ejemplo







de la preocupación de un grupo de misioneros que solía visitar Turgua y cayó en cuenta de la necesidad de hacer algo más: no bastaba la asistencia una vez al año. Turgua es un predio abandonado por los gobiernos nacional y local, con altos índices de violencia y servicios públicos escasos y deficientes.

Hoy en día Mano Amiga imparte educación formal desde pre escolar hasta quinto año de bachillerato. Estudian unos 430 niños y adolescentes, pero la Mano Amiga se extiende a toda la comunidad pues la idea es no dejar a nadie por fuera. Se ofrece asistencia médica en el

ambulatorio administrado por Edith Pereira, y ello incluye atención odontológica cada día de la semana laboral gracias a los pasantes de la Universidad Santa María. Hay un convenio con la Gobernación del estado Miranda, que suministra medicinas y equipos. Además, programas de formación de padres. Las necesidades han determinado que este colegio ya no sea sólo una unidad escolar sino un centro que quiere hacer de Turgua una comunidad modelo.

A las primeras de cambio, Casale y su equipo de docentes se habían dado cuenta de cuánto perjudican los problemas del en-



torno el progreso de los niños en sus estudios. Asistían a peleas de los padres cada noche o sufrían maltrato, observaban el vaivén del tráfico de drogas alrededor del hogar o eran testigos del modelaje de parientes entregados al alcohol.

De modo que a Casale se le ocurrió, con el concurso de los emprendedores Carlos Eduardo Meneses y Gabriela Arenas (ver capítulo *Retrato de niños aireando dramas y sueños*) abrir a los alumnos una madeja de posibilidades para su expresión. Para acicatearlos a sacar afuera sus dramas, tristezas e inquietudes pero también

**Hoy en día Mano Amiga imparte educación formal desde pre escolar hasta quinto año de bachillerato. Estudian unos 430 niños y adolescentes, pero la Mano Amiga se extiende a toda la comunidad pues la idea es no dejar a nadie por fuera**





sus habilidades, sueños e ilusiones a través de la pintura, el teatro, la fotografía e incluso la música. «Cuando el ser humano reconoce el problema que tiene, ya eso es parte de la solución», dice Casale.

Algo fundamental en Mano Amiga es la educación católica: saber que Dios te ama es importante. Casale opina que la esperanza

existe y que hay que saber soñar. Los niños del colegio Mano Amiga tienen ahora otro talento, si se puede decir así. No se han borrado sus problemas en el hogar, en la comunidad, en el entorno; pero ellos están ahora más seguros de sí mismos, mejor preparados para construir paz desde su particular círculo cotidiano.





Los niños del colegio Mano Amiga tienen ahora otro talante, si se puede decir así. No se han borrado sus problemas en el hogar, en la comunidad, en el entorno; pero ellos están ahora más seguros de sí mismos



# Retrato de niños aireando dramas y sueños

La pareja formada por Carlos Eduardo Meneses (artista plástico) y Gabriela Arenas (comunicadora social) trabaja con niños de la localidad de Turgua, en el colegio Mano Amiga. Descubrieron las diversas situaciones de violencia por las cuales pasan estos alumnos y se dedicaron a ellos dándoles la oportunidad y las herramientas para expresar sus tristezas y miedos; al mismo tiempo, revelándoles cuán valiosos son y la sensibilidad guardada bien adentro. Así, pues, Carlos Eduardo y Gaby crearon Fundación TAAP, Taller de Aprendizaje para las Artes y el Pensamiento. Integran en su cruzada a padres y representantes, transmitiéndoles insumos que apuntan a una mejor convivencia en el hogar

**M**ediante dibujos, pinturas o manualidades, los pequeños se revelan desde adentro y acusan, aun sin querer, al entorno violento. La tarea de Carlos Eduardo se limita a lo que sabe: transmitir herramientas desde su condición de artista plástico; su tarea es hacer que los niños, expresándose de diversas for-

mas, saquen lo que no sacan ni en casa ni en la escuela. A lo mejor no saben que el color rojo representa fuerza, tenacidad, sangre o muerte; pero cuando aprenden el valor del color, se dan cuenta de sus posibilidades. Resulta que ellos mismos, allá en Turgua, tienen en los ojos el color de un futuro mejor.



## VÍCTOR

A Víctor Arias (8) le gustan las matemáticas. Su mamá se llama Milagros. Tiene los dientes perfectamente desiguales y anda con su amigo Crístofer, una pronunciación esdrújula para quien fue bautizado, quizás, bajo la influencia del sonoro nombre de un actor anglosajón. Pues bien: Víctor y Crístofer siguen el curso de Carlos Eduardo desde hace un año. Lo último que hicieron fue dibujar un tren en grupo. Como no pasa un tren por allí, el profesor Carlos Eduardo les puso uno enfrente, para que se fijaran. Y también dibujaron un teleférico. Víctor sí se ha montado en un tren; o sea, en el Metro. Estuvo en el Metro de Caracas cuando fue a jugar beisbol en otro colegio. Dice que su equipo nunca ha perdido un juego; él es segunda base. Una profesora le pregunta cómo se portaba antes de decidirse a ser pelotero, y Víctor contesta sin titubeos: «Malísimo». Recuerda que era divertido portarse mal, al menos «un poquito».





## ANDERSON

Anderson Ríos (15) estudia tercer año. Nació en Caracas pero lo trajeron a Turgua porque la mayoría de su familia es de aquí. Desde hace año y medio sigue el taller de arte de Carlos Eduardo. «Antes era un chamo demasiado desobediente, no hacía mucho caso a mi mamá; pero ahora esta Fundación nos ha ayudado mucho», dice con su voz de hombre en pleno desarrollo que asume la grave responsabilidad de declararle a un periodista en torno a su propia experiencia. Tiene tres hermanos, y él es el segundo. Viven con el padrastro, albañil. Su madre es ama de casa. Cuenta que en este salón empezaron haciendo reuniones para hablar sobre cómo mejorar la paz en la comunidad. «Hay mucha inseguridad, mucha gente que quiere dárseles de más. Pero yo pienso que todos somos iguales». Cuando le preguntan en qué puede colaborar para cerrarle el paso a la violencia, no lo piensa mucho: «Hacer murales como el que pintaron en el sector Puerta Negra, hablando sobre la paz». Juega softbol. En este taller, con Carlos Eduardo, ha aprendido a amar la fotografía. Dice que tomando fotos puede compartir con otras personas lo que pasa en su entorno.





### KEVIN CISNEROS

Kevin Cisneros (13) está en sexto grado y sigue el taller de arte desde hace un año. Por parte de su mamá no tiene ningún hermano, pero por parte de su papá, cinco. Pero él vive con dos abuelas, no con su mamá porque, por cuestiones de trabajo, ella debe permanecer en Caracas. Kevin dibuja a un muchacho de ojos como espantados. Explica: lo que pasa es que este joven antes fumaba droga pero después lo pensó mejor y se puso a vender helados, un oficio que a Kevin le llama mucho la atención. Todavía no tiene muy claro lo que quiere estudiar. Le gusta todo lo que sea deportes. ¿Qué has aprendido, Kevin? «He aprendido que la delincuencia se combate con el bien, tomando terapia, alejándose de esa broma».



## WILLIAM

William García (15) está enamorado pero, lamentablemente, no es correspondido. Sin embargo, en estos días le ha dedicado un par de grafitis a su amada, y piensa dibujarla para entregarle el producto de su arte, a ver si de este modo le ablanda el corazón. William es aficionado a la *manga*. Cuando se le pregunta si piensa que algo ha cambiado en él luego de haber estado en este taller, se toma un momento y luego responde: «Se puede decir que puedo expresarme mejor». Y quiere expresarse mejor «para que sepan mi opinión; para que sepan cómo soy». También escribe poemas.



### JAVIER EDUARDO

Javier Eduardo Leal (16) nació en Turgua y tiene dos hermanos. Vive con su mamá y su padrastro. Desde hace poco está en el taller y le parece una experiencia bien chévere. Está en cuarto año. Le gusta la fotografía y ya terminó el primer nivel. Dice que con la cámara se ven cosas que, de otra manera, no se pueden ver. Porque al fotografiar debes tomar en cuenta elementos para crear la imagen, de los cuales no estás pendiente normalmente. Dice que su vida la puede expresar con alegría, «y tristeza de vez en cuando».







## YURAIMA MILAGROS

Yuraima Milagros Pereira no es niña sino mamá. Para mayor exactitud, la mamá de Víctor. Milagros lleva tres años trabajando en mantenimiento en Mano Amiga La Montaña. Hizo un curso con Gaby dedicado a las madres. Está soltera pero *echa palante* ella sola con los niños, pues además de Víctor tiene a una hija de 14 años. Dice que es muy duro ser madre soltera. «Gaby nos ha enseñado a controlarnos con los hijos, porque a veces el estrés, las preocupaciones, hacen que uno les grite mucho a los muchachos». Víctor se puso tremendo cuando su padre se fue del hogar. «Él era muy pegado con su papá, y digo que eso lo afectó mucho... No, no lo viene a ver. El papá no viene a la casa porque no nos separamos muy bien que digamos».



# Gloria y su equipo tras las huellas de Camuñas

En la Fundación Luz y Vida un grupo de profesionales atiende cada año las vicisitudes de unas tres mil familias del municipio Sucre. Su líder, Gloria Perdomo, se piensa *pañito caliente* ante la vastedad de la tarea por hacer en un municipio con tantos problemas de violencia. Perdomo y su equipo dan orientación a la gente; pero sobre todo representan una referencia en valores, una lección permanente de entrega. Algún día ese pañito caliente será una gran sábana de experiencia y logros entrettejidos. «Hay que hacer políticas públicas para detener y prevenir la violencia contra los niños»

**G**loria Perdomo debería ser dueña de muchos titulares de prensa y sin embargo apenas ha sido entrevistada. Es una autoridad en desamparo y violencia; conoce la Ley Orgánica de Protección al Niño y al Adolescente como nadie y sabe de qué pie cojean las políticas públicas en materia de protección. Dirige una fundación llamada Luz y Vida con sede en una casa de 300 años de antigüedad, en el casco histórico de Petare. Un remanso de quietud en medio del caos de buhoneros y el chirrido vehicular de la redoma.

Ella y su equipo son capaces de influir a favor de tres mil familias petareñas cada año. Pero

sabe que eso, a final de cuentas, es un esfuerzo marginal. Hacen falta políticas a gran escala.

Guarda en su alma cierta vocación religiosa por la influencia del cura Matías Camuñas; su discurso está hecho de experiencia cotidiana, formando parte de ese grupo mínimo de profesionales —casi todas mujeres— entregado a paliar el horror en esa zona tan frondosa en gente y ranchos con su megabarrio José Félix Ribas. A la fundación llegan alrededor de 25 o 30 personas por día, y básicamente se les brinda orientación.

—Algo absolutamente marginal frente al tamaño y a la gravedad de las situaciones de violencia que cada una de esas personas representa.



Ha visto cómo se cierran las puertas ante jóvenes que desean salir de las drogas porque el programa respectivo de la Alcaldía no funciona o les dan cita para dentro de cinco meses. A un niño con problemas neurológicos importantes, cuya condición afecta la convivencia en su centro escolar, no hallan a quién remitirlo. Hay desespero en la voz de Gloria:

—Solicitas un examen neurológico y te contestan que el aparato está malo, que mandes al paciente al Ministerio de Salud... Pero allá te dicen que vayas donde Negra Hipólita. Pero no, porque más bien Negra Hipólita está enviando los casos a Petare o al propio Ministerio.

Por eso, Gloria afirma que no hay Estado.

—Estado es que haya escuelas, servicios, programas para contener la gravedad del conflicto social que multiplica las cifras de violencia.

En Venezuela se está produciendo una tasa anual de 52 personas asesinadas por cien mil habitantes; de esa cifra, la mitad son menores. La primera causa de muerte entre adolescentes es el homicidio. La violencia doméstica no cuenta en las estadísticas pero es una realidad en los hogares venezolanos. Y 70% de las causas de atención en el municipio Sucre giran en torno a violencia contra los niños.

—Si como país aspiramos al respeto de los derechos sociales de la población, el Estado debe invertir en la infancia; hacerlo con calidad y hacerlo bien. Si en Petare tienes treinta mil niños fuera de la escuela, ¿a la vuelta de siete años qué vas a tener? Si los muchachos no

lograron completar la primaria, no te quejes por la cantidad de buhoneros.

Un sitio donde la gente sólo sabe barrer calles. Hay tropes de gente, todo el mundo con su escobita en la mano. Para eso quedan. Y Gloria Perdomo se pregunta, con la autoridad que le confiere su entrega a esta causa, si este país, este municipio, no merecen otro destino.

¿De qué depende ese destino? De un nivel de calidad en la formación primaria.

### IRIS GUERRERO, MAESTRA

Es maestra en un aula comunitaria de Petare, como parte del programa *Integración educativa a niños no escolarizados* a cargo de la Fundación Luz y Vida. Para ella, Luz y Vida ha sido una escuela no sólo por la adquisición de contenidos sino porque, junto a Gloria y a las demás profesionales que integran la organización, se ha formado como persona. Iris se siente comprometida.

Cuando se dice *aula* a lo mejor el sustantivo le quede grande: en ese enjambre de veredas, escaleras y casitas amontonadas que es Petare, *aula* es simplemente una piecita en un rancho que alguien prestó de *buena nota*, o una parte de la casa comunitaria, cuando la hay. Se llevan pupitres y una pizarra: he allí el aula comunitaria.

El programa comenzó en 2000 como taller de formación para líderes de diferentes sectores de Petare norte. Eran nada más once y entre ellos se encontraba Iris Guerrero, una mujer bonita con sus ojos negros muy brillantes. Al





« Yo digo que esta vocación es algo que nace con uno –dice Iris sobre sí misma y su trabajo comunitario– porque yo viví en un ambiente de mucha carencia, en ese barrio. Fe y Alegría me ayudó a crecer



final de aquel curso se les pedía plantear un problema fundamental, y casi todos los vecinos coincidieron en señalar la situación de los niños que, estando en edad de ir a la escuela, andaban sin oficio de un lado para otro. Después del diagnóstico hicieron un censo: al cabo de una semana, en once comunidades habían registrados más de 900 niños sin escuela, sin rumbo, sin futuro.

—¿Qué hicimos? Pues tratar de montar tarantines o aulitas para recibirlos, viendo cómo los podríamos insertar al año siguiente o ese mismo año en la escuela.

Ese primer año lograron rescatar a casi doscientos niños e insertarlos en el sistema escolar. Quedaron otros, sin embargo, pero a esos rezagados los fueron llevando —es decir, escolarizando— ellos mismos, aquellos primeros once voluntarios más otros sumados a la causa en calidad de maestros. Sin embargo, por

una parte lograban que muchos pequeños se incorporasen al sistema regular, pero por otro lado llegaban más y más que estaban afuera. No se hizo ningún tipo de propaganda: el boca a boca los atrajo.

Donde labora Iris —barrio Antonio José de Sucre, parte alta— hay dos aulas, una de veinte muchachos y otra con 18 entre seis y catorce años. En total, diez aulas comunitarias funcionan bajo el amparo de Fe y Alegría —la entidad cristiana asume la matrícula y el personal— más cinco que financia la Gobernación de Miranda para un total de quince al momento de realizar este trabajo. Ella calcula unos 280 niños en total, repartidos en dos turnos: unos por la mañana y otros por la tarde. Iris, en su aula, conoce bien el terreno: ha vivido en el sector toda la vida y desde siempre ha hecho trabajo comunitario.

En un primer momento este programa te-

nía como propósito la nivelación de los muchachos, con vistas al eventual ingreso en la escuela normal; pero luego, a través del convenio entre Fe y Alegría y la Gobernación, se institucionalizó, por decirlo así, certificándose y permitiendo el registro de cada pasantía, lo cual sirve a los educandos para proseguir.

—Yo digo que esta vocación es algo que nace con uno —dice Iris sobre sí misma y su trabajo comunitario— porque yo viví en un ambiente de mucha carencia, en ese barrio. Fe y Alegría me ayudó a crecer (ella estudió en el colegio Presidente Kennedy).

A Iris le nació enrolarse al grupo cristiano del Sagrado Corazón de Jesús de Petare, bajo la tutela del jesuita Matías Camuñas. Camuñas formaba gente preocupada por su comunidad, adolescentes que asumiesen un trabajo diferente.

De allí continuó hasta hoy cuando es madre de familia. Sus hijos se llaman Elio Sandoval (21) y José Alí Sandoval (17). El mayor termina un TSU en Ingeniería Petrolera en el Instituto de Nuevas Profesiones; el otro estudia noveno grado. Se interesa, el último, por talleres relacionados con la Lopna. El marido de Iris tiene un trabajo estable y ella dice, contenta, que se ayudan mutuamente. Viven alquilados. Iris es licenciada en Educación Integral y ahora cursa Planificación y Evaluación en la Universidad Santa María. Ha recibido muchos talleres. Cada vez que el grupo de maestras o facilitadoras —se refiere a quienes han asumido esta misión de las aulas comuni-

«**Tenemos grupos muy fuertes, que viven en una situación de violencia, de maltrato, niños que carecen de cariño y también de alimento. El hecho de que uno haya vivido eso le da como más fe al muchacho para continuar**

tarias— siente la necesidad de aprender sobre algo, buscan la manera de inscribirse en un taller en la materia deseada.

En el aula se trabaja con el currículum básico, sobre todo lengua y matemáticas.

A veces, cuando habla con sus alumnos se refiere a su propia experiencia. «Tenemos grupos muy fuertes, que viven en una situación de violencia, de maltrato, niños que carecen de cariño y también de alimento. El hecho de que uno haya vivido eso le da como más fe al muchacho para continuar».

En el propio hogar de Iris, con doce hermanos, se vivía la violencia; ella no es, pues, una excepción dentro del barrio. Sufrió lo que sufren muchos de quienes ahora son sus alumnos. «Mi papá era alcohólico y mi mamá, en los últimos años de su vida, también se hundió en el alcoholismo y cuando uno vive en ese ambiente es como difícil salir».

Ambos progenitores fallecieron hace muchos años, pero sin duda dejaron huellas terribles. La única que logró obtener una profesión de aquellos doce hermanos fue ella. Ahora que tiene futuro, familia y un entorno que valora sus desvelos, sabe muy bien lo que es no querer regresar a lo padecido durante la infancia. No lo quiere para sus hijos ni lo quiere para los hijos de los demás.





« Yo llegué a la Fundación Luz y Vida al crearse la defensoría, en el año 2000. Llegué porque soy psicólogo clínico por la Universidad Católica y se necesitaba alguien para el manejo de los casos. Hago evaluación, orientación, tratamientos breves tanto para niños, niñas y adolescentes como de los familiares. Hago ese trabajo clínico pero también la coordinación del equipo, que es velar por el cumplimiento de las pautas que indica la Ley. Uno tiene que conocer muy bien la Ley Orgánica de Protección al Niño y al Adolescente... Si no existiera toda esta estructura pautada en la Lopna, en la cual el sistema de defensorías del que formamos parte es como el primer escalón, creo que las cosas estarían mucho peor. Antes toda la responsabilidad recaía en el Inam, y los demás se lavaban las manos

*Helen Ruiz*



« Mi formación más importante ha sido la de la vida, haciendo trabajo comunitario. Nací en Petare y vivo en el 12 de Octubre. Soy maestra de oficio desde los 17 años cuando empecé en la escuela Abajo Cadenas. Después fue que entré en la Universidad. Soy técnico superior en Administración y educadora. Le colocaron el nombre de Beto Morales a esta defensoría de niños (dentro de la Fundación Luz y Vida) en honor a un chamo que sufrió un problema de salud y murió en el peloteo de un hospital a otro. Nos dedicamos a niños, niñas y adolescentes del municipio Sucre. Fui consejera de Protección; gané el puesto por concurso y estuve nueve años allí. Y ahora soy defensora de los derechos. Aquí trabajamos más la prevención, la concientización

**Belkys Monsón**



# La experiencia de otros **PAÍSES**





**Argentina y Colombia** son países hermanos con terribles problemas de desigualdad social y expresiones de violencia. He aquí la experiencia de **los cartoneros**, que le cambió la vida a un barrio y dignificó un oficio; y la del **Cinep**, institución dedicada, en medio del conflicto que Colombia sufre desde hace décadas, a desarrollar hilos seguros para mejorar las condiciones de vida de vastos sectores. Se completa este capítulo con la explicación de un programa exitoso en España y Latinoamérica para enseñar **convivencia**





« La Iglesia llega a los barrios con la actitud de enseñar, de ser madre, de ser maestra. Cuando en realidad la gente vive los valores del reino lo que tienes que hacer es acompañar, sabiendo descubrir, detectando aquella semilla que, cuidándola y acompañándola, crece sola



# Ahora somos alguien

La gente de Villa Itatí, un barrio cercano a Buenos Aires, sobrevivía en la miseria contaminada. Ahora lucha y la miseria sigue siendo miseria pero ha puesto cara de esperanza. Muchos de sus habitantes se han convertido en activistas y activadores; asumen liderazgos, emprenden proyectos, van a la escuela, son invitados a la Facultad de una Universidad, saben trabajar el hierro, aparecen en una película que se consigue en Internet y ahora aprenden a reciclar el plástico: trabajar en equipo ha sido clave para cambiar un destino por el que la sociedad no daba un peso

Una señora se lo dijo al propio *Coco*: «Ahora somos alguien». Un compañero de Villa Itatí, o varios, han comentado también: «Qué lindo encontrar que la gente de afuera es buena». Todo lo que no sea Villa Itatí es, para ellos, *afuera*. O mejor dicho, era.

Resulta que en Argentina la opinión pública tenía el prejuicio típico: todo lo malo lo generaba la villa, o sea, el barrio; y en especial esta Villa Itatí tan violenta.

Desde ese poblamiento llegaron dos personas a Venezuela para contar una historia de recuperación de la dignidad. Vinieron con motivo del segundo encuentro de Constructores de Paz celebrado en Caracas a finales de mayo de 2011.

Lo que contaron es la pequeña gran historia de la Asociación de Cartoneros de Buenos Aires.

La hermana Cecilia Lee y Mario Daniel Romanín han estado muy cerca de los cartoneros, apoyándolos y aconsejándolos. Se refieren a ellos como *compañeros*. Al salesiano de la obra de Don Bosco todo el mundo lo conoce por *Coco*.

La asociación se formó en 2000, cuando el país se paralizó debido a la crisis del corralito. Muchas fábricas paradas. Bancos sin efectivo. Trabajadores sin trabajo. Para poder subsistir salió gente a la calle para buscar la basura; desde siempre había existido un grupo dedicado a eso pero ahora eran más porque eran mayores y más vastas las necesidades.



La estampa de los cartoneros se ha extendido tradicionalmente por Argentina, en sus urbes principales, dentro de una actividad de búsqueda y recolección de desechos buenos para revender. A esa actividad la llaman *cirujero*. Para poder hablar de cómo surge la asociación hay que hablar primero del contexto del barrio, Villa Itatí, conformado mayormente por gente proveniente de la provincia de Corrientes y paraguayos inmigrantes. En 2000 eran unos 45 mil habitantes dentro de 23 manzanas (cada manzana son cien metros cuadrados). Es una zona periférica aledaña a la autopista que conduce a Buenos Aires. Dentro del lugar hay una hondonada, lo que quedó al sacar de allí tierra para construir la autopista. A ese declive le llaman la cava y está unos once metros por debajo del nivel del resto del barrio. Sitio sin cloacas, inundable cual palangana (así mismo le dice la hermana Cecilia, *palangana*) donde viven los más marginales entre los marginales.

Allí es donde se agrupa el mayor contingente de personas que trabajaba y trabaja con la basura. Las hermanas franciscanas misioneras de María, congregación a la cual pertenece Cecilia, están conviviendo allí desde 1987. La crisis les hizo preguntarse a todos en esa cava qué podrían hacer porque la situación era insostenible: los cartoneros llevaban el producto de su trabajo a unos depósitos de intermediarios pero como los bancos no soltaban efectivo en ese tiempo, estos intermediarios recibían la basura quizás una o dos veces por semana, con lo que a los cartoneros —dependientes del pro-

ducto de esa transacción para su sustento— se les ponía el asunto muy difícil.

—La gente no tenía ni qué comer —cuenta la hermana Cecilia.

Además, siempre ha sido una actividad mal vista porque afea las calles. Van de un lado a otro con una carreta y un caballo, y la Policía suele quitarles una y otro. En esos días arreció la agresión.

—No quieren a los cartoneros en la calle —agrega *Coco*— porque, además, el tema de la basura es económicamente muy rentable. Hay mucho poder detrás porque es materia prima para el reciclado del plástico, del vidrio, del hierro, del papel. Vale mucho la basura. Y en Argentina todo ciudadano debe pagar un impuesto por barrido, alumbrado y limpieza. En la medida en que los cartoneros retienen la basura antes de que los camiones de las contratistas la recojan, es menos basura que se entierra y por lo tanto menos plata para las empresas recolectoras.

También es el negocio de muchos intendentes porque nadie puede contar la cantidad de basura que se entierra. Ese volumen enterrado sólo lo saben las empresas privadas y aquellos que pagan por el entierro. Siempre hubo, pues, persecución: pero en aquel momento más porque salió más gente a la calle a buscar basura para poder sobrevivir. En ese año 2000 las calles se pusieron un tanto caóticas con las carretas y los autos atravesados compitiendo por el espacio. De modo que la Policía les sacaba los caballos y les quemaba

las carretas. Un momento de mucha tensión.

Tal era la situación para los cartoneros: unos, directamente impedidos de realizar su trabajo, y a los otros no les rendía para el sustento diario. Entre tanto, algún trabajador social de los que llegan a las villas a estudiar y hacer su pasantía propuso fundar una cooperativa. Alguna vez se había planteado pero jamás la idea había prosperado. En esos días, sin embargo, la conversación era la crisis y qué hacer ante ella. Así comenzaron a organizarse las asambleas. En principio en el comedor de los niños en la misma cava, y luego en la capilla todos los jueves a las 7:00 pm. Deliberaban acerca de cómo salir de aquella terrible situación.

La actividad económica de la asociación comienza con el trueque. Sin dinero en la calle, era la alternativa más natural.

## EL COMPROMISO

Existe Villa Itatí. Y en esa barriada, la hondonada donde va a caer, por leyes de la física, la porquería de los demás. O sea, la hondonada es la miseria dentro de la miseria.

Fue allí donde surgió la idea, la asociación. El milagro.

Las franciscanas en Argentina son 72, y en el barrio hay cuatro de ellas. Entre 1987 y 1997 vivieron en la propia cava, en una casita muy precaria de chapa o lata y madera, al lado del galpón donde funciona la asociación. Tuvieron que salir de allí porque las asaltaron varias veces. Se mudaron hacia un sitio un poco más se-

**La hermana Cecilia cree que el mundo de la exclusión, de los pobres, es donde con preferencia se revela la presencia de Dios: «Son lugares de grandes revelaciones. Es la semilla del verbo que está presente en todos los pueblos. Debemos acercarnos con el ánimo de descubrir esa presencia de Dios»**

guro y en casa de bloques. La hermana Cecilia nació en Corea pero emigró junto a su familia en 1976. Dos años después hizo sus votos en la congregación. Toda su labor, todo su empeño por vivir en medio de la extrema pobreza viene —ella lo cuenta— del Concilio Vaticano II. Hizo suyos los postulados de Puebla y Medellín. Habla Lee Yung Hyang —tal es su nombre— con verdadera convicción de Juan XXIII como el Papa que abrió las puertas al mundo:

—Creo que el Papa Juan XXIII cambió la historia de la Iglesia; se dio cuenta de que la Iglesia no estaba donde tenía que estar y como tenía que estar. Al abrir las puertas y las ventanas entra el aire con toda su frescura y también con todos sus problemas.

Para los habitantes de la villa el hecho de sentirse agrupados es un triunfo. *Pibes* que por lo común no tienen ni qué cenar y allí cenan es otro triunfo. Quien antes era Juan, ahora es el dirigente de una asociación, y Jorge ahora es el presidente. Es decir, tienen un estatus. A través de la asociación se concreta la lucha por el reconocimiento de los derechos en alimentación, salud, educación. Hasta el derecho a tener vacaciones.

Más allá de la recolección de basura, se

han emprendido iniciativas reciclando el hierro a través de un taller de herrería. Parte del hierro que recogen en la calle ahora se transforma en mesas, bancos, canastos de basura.

La zona, peligrosa antes, se transformó en trabajo, educación, fiesta. Mucha gente que antes robaba o se drogaba ha recuperado su dignidad. Muchos han vuelto a pensar en sí mismos, en sus familias.

Al principio, a las primeras asambleas asistían entre setenta y ochenta personas. Pero ya cuando se instauró con personería jurídica hubo 212 representantes; es decir, 212 familias. Actualmente la directiva la conforman entre doce y quince personas, y casi la mitad son los mismos que estaban desde un principio.

La hermana remacha los valores de la solidaridad y del trabajo como corolario de este proceso organizativo. Más o menos la mitad de los compañeros han pasado por la cárcel. Fue gente peligrosa, qué duda cabe. Cuando aparecían por la calle, muchos se escondían al verlos. Alguno había entrado a robar casa de las hermanas. Pero Lee Yung lamenta, de todo eso, la falta de oportunidad en la cárcel para regenerarse. La asociación ha hecho lo que el Estado no hizo. Les dio oportunidad de hacerse señores responsables que respetan los códigos.

## EL RECONOCIMIENTO

Aliados de la asociación son las diversas congregaciones cristianas. De hecho, hay mucho cristiano cartonero; también convenios con algunas escuelas católicas e instituciones

como el Movimiento Ecuménico de Derechos Humanos.

Los talleres se organizan a través del departamento de Capacitación Laboral, rama del Ministerio de Educación. Todos los días trasladan desde la villa hasta Avellaneda, que es otra localidad, a unos cuarenta adolescentes para reinsertarlos en el sistema escolar a partir de los oficios: carpintería, herrería, mecánica, electricidad, artesanía, computación.

Dentro del mismo Centro de Formación Profesional —un galpón de los cartoneros— se imparten dos cursos: de operador sociocomunitario, dirigido a capacitar y orientar a los *más chicos* —así dice *Coco*— en situación de riesgo, y el taller del reciclado del hierro.

Las empresas que apoyan a este movimiento lo hacen regalándoles la basura, pues lo usual es que se venda. «Vamos con nuestros camiones o ellos nos envían un camión, y en lugar de venderla a un intermediario nos la regalan a nosotros; y con esa basura gratuita se logra una mayor remuneración diaria».

La hermana Cecilia está muy clara:

—Las empresas y el Estado comienzan a intervenir cuando ven la solidez de la organización. Debe decirse que durante dos o tres años los cartoneros, y nosotros con ellos, trabajamos en absoluta soledad cada quien poniendo su granito de arena, los muchachos poniendo la basura en común para caminar en equipo. Algunos amigos nos pusieron un fondo inicial y con esto pudimos comenzar a comprar y vender. El tesorero, por ejemplo, puso su casa para poder acopiar.





« Al principio, a las primeras asambleas asistían entre setenta y ochenta personas. Pero ya cuando se instauró con personería jurídica hubo 212 representantes; es decir, 212 familias. Actualmente la directiva la conforman entre doce y quince personas, y casi la mitad son los mismos que estaban desde un principio

Es decir, el afuera comienza a creer en la experiencia cuando ve que la cosa va en serio. Los intermediarios les decían: «La verdad es que lo de ustedes es muy valioso, muy noble; pero van a durar dos meses».

La asociación se impuso sobre los intermediarios, regulando el precio para beneficiar a los cartoneros de todas partes.

*Coco* dice que se siente evangelizado a partir de esta experiencia porque prueba la idea de buscar primero los valores del reino, que el resto se dará por añadidura. ¿Cuáles son los valores del reino? La justicia, la paz, la solidaridad. Siempre, siempre surge una iniciativa a partir de la cual se sale adelante. Han estado a punto de cerrar muchas veces. Se les rompe el camión y se les viene el mundo encima, porque el papel lo van a vender a La Plata, donde está una cooperativa. Podrían vender su mercancía cerca, pero hacen el sacrificio de ir hasta allá porque de este modo se ayudan entre los más pobres.

Consiguieron que la Universidad Tecnológica de Avellaneda les preparara un curso de reciclado, de modo que los cartoneros llegaron a la Facultad. Y la Facultad difundió el encuentro en todas sus publicaciones bajo el lema «¡Los cartoneros llegaron a la Facultad!»

En fin; la asociación es como un paraguas donde caben lo educativo, lo productivo, lo social, lo deportivo. Sigue habiendo pobreza, precariedad, hacinamiento. Son unas sesenta mil almas en 23 manzanas hoy en día. El ba-

rrío trata de crecer para arriba, encaramando piezas sobre el primer piso construido ya hace años de manera un tanto endeble.

Hay mucha rotación de gente porque nadie resiste vivir en la cava mucho tiempo. A nadie le gusta vivir en esa hondonada donde van a parar los desechos ajenos, no sólo basura para reciclar. A pesar de los esfuerzos de la asociación y de la red educativa que funciona con salesianos, franciscanos y otras organizaciones religiosas o no religiosas, es una zona liberada en el tema de la droga. No hay Estado allí. Ni las fuerzas policiales o militares ejercen una intervención justa pues, al parecer, hay connivencia entre la droga, las fuerzas de represión y poderes políticos.

Hoy en día, es un consuelo, hay menos riesgo al pasar por las rutas de acceso. En cualquier caso, esta experiencia demuestra que se debe confiar en las virtudes creativas del pueblo. Y que pueden ser muy válidas sus propuestas para solucionar problemas concretos. «Los iluminados, los técnicos, suelen pensar que la gente no tiene capacidad», dicen *Coco* y *Cecilia*.

La hermana *Cecilia* ha constatado que la última palabra de la Historia no es la muerte sino la vida, y eso debe ser contemplado. Es la fuerza que generan las personas desde el mundo del sufrimiento. No quiere decir resignación ante estas inhumanas situaciones sino más bien un *envión enorme* (así lo llama) hacia el otro lado de la sociedad, del asfalto.



Hoy en día, es un consuelo, hay menos riesgo al pasar por las rutas de acceso. En cualquier caso, esta experiencia demuestra que se debe confiar en las virtudes creativas del pueblo. En Villa Itatí la gente ha aprendido no sólo el valor del reciclaje, sino el de establecer su propia cadena de compra-venta



# Corazón cachaco

El jesuita Mauricio García Durán es director del Centro de Investigación y Educación Popular o Cinep (Bogotá). Da clases mientras habla. «El trabajo por la paz supone intervenciones en fases muy diferentes de un conflicto», afirma. Es su experiencia. Debe lidiar cada día en zonas disputadas por los paramilitares y la narcoguerrilla. Hay de todo, y todo comporta violencia. Apuesta por favorecer las condiciones de la gente, creando dinámicas económicas y sociales para la inclusión

**G**arcía Durán y quienes trabajan con él tienen las cosas bien claras: paz y desarrollo no se oponen cuando se entiende la paz en un sentido integral y cuando se entiende el desarrollo como sostenible. Eso se manifiesta en distintos tipos de experiencias concretas. El trabajo a favor de mejorar las condiciones de la gente es fundamental, creando dinámicas económicas y sociales que favorezcan, que incluyan. Ahí es donde entran los programas de desarrollo y paz (PDP). Son un esfuerzo por construir paz en medio del conflicto. Son programas que contienen una diversidad de componentes: derechos humanos, defensa de la vida; cultura ciudadana y fortalecimiento institucional; alternativas de desarrollo rural y urbanas más posibilidades de comercialización.

En el Magdalena Medio se han implementado los programas de desarrollo y paz o PDP durante quince años. Estos programas han permitido consolidar una red de organizaciones y pobladores que han ganado protagonismo en la dinámica regional, potenciando su capacidad de concertación con muy distintas entidades del Estado, a nivel tanto municipal (por ejemplo, con las alcaldías de Barrancabermeja y San Pablo), como a nivel departamental y nacional; concertación entre las organizaciones sociales que allí participan y también con la cooperación internacional. Han conseguido apoyo del Banco Mundial, de la Unión Europea, de agencias del Japón en temas de infraestructura, por ejemplo.

Otro nivel de logros son los resultados productivos. Hay fincas campesinas que producen



El CINEP es una fundación sin ánimo de lucro que busca trabajar por la edificación de una sociedad más humana y equitativa, mediante la promoción del desarrollo humano integral y sostenible. Como centro de pensamiento, busca reflexionar sobre la realidad social y cultural de Colombia. Cuenta con un acumulado de investigación sobre conflicto, violencias, derechos humanos, política y Estado, servicios públicos, pobreza, desarrollo, movimientos sociales y educación popular. También es una organización de mediación en el conflicto social del país que toma partido por los sectores discriminados y excluidos, promoviendo su participación en el desarrollo y la paz nacional. Misión: apostamos por la vida. Trabajamos por una sociedad justa, sostenible y en paz

cacao, muy exitosas en términos de producción y en cuanto a mejoramiento del nivel de vida del campesino. Logros también en lo identitario y simbólico, recuperando las raíces que fortalecen las organizaciones.

Es indudable que ha habido disminución de la violencia en ciertas zonas, pero en otras la situación sigue siendo crítica. Una de las cosas más duras son las alianzas alrededor del narcotráfico. Mauricio García Durán teme por los efectos que eso puede tener. Pero también hay interés de algunos actores políticos por mantener control sobre las regiones. Hay algunos proyectos agroindustriales o mineros que siguen desplazando población de los territorios; y eso es un elemento adicional de impacto.

—Se está recomponiendo un conflicto muy vinculado al tema minero —afirma García Durán—; en otra zona hay grandes extensiones de cultivo de palma y eso ha significado situaciones de violencia. Igualmente, en algunos centros urbanos, parte del conflicto de afuera, a nivel global, se está reproduciendo en las ciudades. Porque llegan elementos con vínculos bien con la guerrilla, bien con los paramilitares, y en los barrios de población a veces desplazada se comienza a reproducir la violencia en bandas.

## EL MIEDO Y CÓMO RESOLVERLO

Antes de entrar a la Compañía de Jesús estudió Ciencias Políticas; como jesuita se le ofreció el Cinep y vincularse en el tema de la paz. Lleva veinte años en esto. Hizo su tesis de la

maestría en Filosofía sobre conflicto y violencia. Después hizo el doctorado en Estudios de Paz.

Ellos, jesuitas trabajando por la paz, han sentido el peligro y la amenaza.

—Hubo un jesuita asesinado en Colombia, en la zona sur, en Córdoba, donde se hizo la negociación con los paramilitares. Eso fue hace casi treinta años. Directamente, en la institución donde trabajamos fueron asesinados, hace unos quince años, dos investigadores. Era claro que se quería golpear el trabajo que hacíamos. El trabajo de denuncia de los derechos humanos genera resistencia. Después del asesinato de Mario y Elsa, Cinep bajó el perfil. Es natural, la gente estaba atemorizada.

En mayo de 1997, Mario Calderón, ex jesuita, filósofo y teólogo, y Elsa Alvarado, periodista, fueron asesinados en Bogotá a sangre fría. Los dos estaban vinculados al Cinep. Sus compañeros los definían como «dos sembradores de vida». Las circunstancias que rodearon el hecho lo hacen todavía más tenebroso y revelan con toda crudeza la ausencia de piedad en quienes protagonizan la violencia en Colombia. El relato que hizo el periódico *El País* habla de que cinco hombres vestidos de negro y fuertemente armados llegaron al edificio donde vivía la pareja en una céntrica zona residencial de la capital. Amordazaron al portero y subieron al piso. Tumbaron la puerta y obligaron a Mario, a Elsa y a los padres de ésta, que por casualidad estaban esa noche allí, a ponerse de rodillas. Dispararon





contra ellos. Milagrosamente la madre, una mujer de 70 años, se salvó, aun cuando quedó gravemente herida. Al hijo de la pareja, un pequeño de apenas 18 meses, la abuela lo alcanzó a esconder en un armario. Horas después los familiares lo encontraron sentado al lado de los cadáveres. El niño sólo repetía: «Papá: pum, pum».

« Hay riesgo y estamos conscientes de eso. Luego del asesinato de Mario y Elsa, repito, Cinep bajó el perfil. El equipo se sentía en riesgo y se tomaron medidas pero sabemos que, aun cuando en estos últimos años no ha vuelto a haber una amenaza, el contexto sigue siendo difícil



# Un programa para la asertividad

Al primer encuentro Constructores de Paz (2010) vino la española Ángela Muñoz, bióloga de Universidad pero educadora en la vida. Aprendió en Tenerife (Islas Canarias) del jesuita Manuel Segura Morales ideas fundamentales para ayudar a la gente a solucionar con eficacia y justicia sus problemas, o decidir entre varias alternativas con eso que ella llama, propiamente, asertividad. Vino, en suma, a contar la experiencia del Programa de Competencia Social, que es resumidamente un curso para enseñar a convivir. Tan sencillo como eso. Se trata del programa de convivencia más valorado y solicitado en todo el territorio español. Desde su propia voz he aquí los elementos claves

**E**n el entorno donde nos movemos, ya sea en España o en cualquier otra parte, nos encontramos con reacciones agresivas, una gran impulsividad a la hora de responder. Es lo más primario del hombre: agredir o callar porque el otro es más fuerte o porque no es el momento. Frente a esas dos respuestas de ataque y de defensa uno enseña que hay una forma eficaz y justa de reaccionar.

A la conducta humana que evita la pasividad y la agresividad la llamamos asertividad. El programa nació con carácter correctivo para

*reconstruir* las conductas de jóvenes agresivos y delincuentes. Sin embargo, enseguida se consolidó en el ámbito de la educación ordinaria, con carácter preventivo, para construir conductas, y se publicaron los manuales que hoy se utilizan en muchos colegios e institutos, no sólo en España sino también en Paraguay, Chile, Brasil, Ecuador y Colombia.

## **APRENDER A PENSAR**

Educar es formar personas. En eso están de acuerdo hoy en día todos los especialistas. Y lo primero para ser personas es aprender a



pensar. Y esto, ¿qué significa? Básicamente cinco cosas. Son cinco habilidades cognitivas o tipos de pensamiento, cinco formas de utilizar nuestro cerebro. Lo primero: definir con claridad cuál es el problema y *diagnosticar* bien la situación a la que nos enfrentamos. Para ello será imprescindible saber informarse y tener claro que no son lo mismo los hechos que las opiniones. A esto se le llama pensamiento causal.

El siguiente tipo de pensamiento es el más importante y el primero que se aprende: el pensamiento alternativo, capacidad para encontrar muchas soluciones posibles antes de actuar. Se trata de *abrir el cerebro* como se abre un paracaídas («la mente humana es como un paracaídas, sólo funciona cuando está abierta», decía Robert Ross). Abrir, pues, la mente, no creer que la única solución es la primera que se me ocurre.

Después hay que prever las consecuencias de lo que hacemos o decimos. Este pensamiento consecuencial es de la responsabilidad.

El llamado pensamiento de perspectiva consiste en aprender a ponernos en el lugar del otro, ver las cosas desde otro punto de vista.

Y el quinto, llamado pensamiento medios-fin: prioriza y planifica. Se trata de tener claros nuestros objetivos y utilizar los recursos adecuados para alcanzarlos. Exige madurez porque objetivos y valores van de la mano. Decía el filósofo alemán Nicolai Hartman: «Cuando lo percibimos como un valor, se convierte en un objetivo».

Aprender a pensar es lo primero y con esto reduciríamos, y mucho, los comportamientos agresivos. Más de 87% de la delincuencia (salvo algunos casos de graves patologías) no es problema de voluntad, sino de educación. ¿Y saben qué? ¡Podemos enseñar a pensar!

Pero seríamos bastante ingenuos si creyéramos que sólo con saber pensar basta. ¡Cuántas veces los conflictos y la agresividad vienen de una falta de control emocional! Ese *mundo mágico* de las emociones humanas. Eso que Daniel Goleman (el término no es propiamente suyo) llama, cuando falta, *analfabetismo emocional* y cuando existe lo llama inteligencia emocional. Es necesario identificar, reconocer y aprender a expresar los sentimientos. ¡Qué importante es controlar un ataque de ira, superar nuestros miedos, sobreponernos a un momento de tristeza profunda, saber motivarnos...!

Si no aprendemos a hacerlo, nuestro mundo emocional puede distorsionar completamente nuestro pensamiento, enredar nuestras relaciones con los demás hasta llegar a ahogar el conocimiento de nosotros mismos.

Pero ni aún con estos dos aspectos, lo cognitivo y lo emocional, podemos asegurar una conducta asertiva. Nos faltaría una pata para el trípode, que son los valores morales. Nada más peligroso que una *buena cabeza* y un buen control de las emociones si no hay valores. Tendríamos *delincuentes hábiles*, como decía el profesor que citaba antes, Robert Ross, de la Universidad de Ottawa: «Enséñale habi-

lidades a un delincuente y tendrás un delincuente hábil». Educar, transmitir valores: la justicia, la paz, la solidaridad, la amistad, la responsabilidad. Estos valores no se imponen, se descubren.

Es el propio individuo quien debe ir progresivamente descubriendo, reconociendo el *valor de*. Es él quien decide, en cada etapa de su crecimiento, lo que está bien y lo que está mal. Nuestra tarea, como educadores, será acompañar este crecimiento moral.

Para avanzar en la moral es necesario primero un desarrollo cognitivo. La moral son obras, no muchas palabras. Desde ese desarrollo cognitivo-moral, y contando con un control emocional, las habilidades sociales fluirán más fácilmente, de una forma más auténtica, no ya como un conjunto de fórmulas externas aprendidas sino como una conducta asertiva que sabe adecuarse a cada situación concreta con eficacia y justicia.

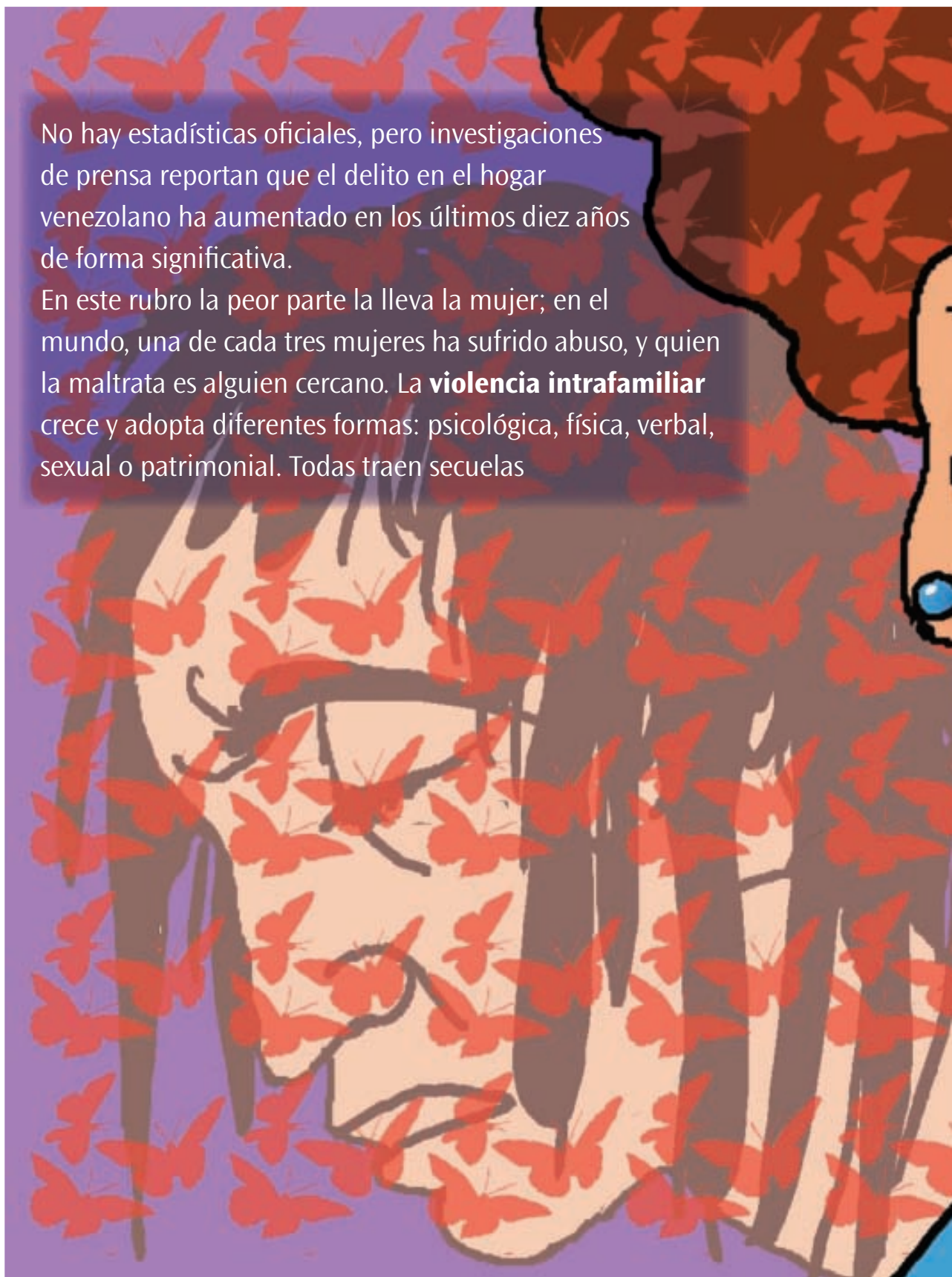


« En estos días que llevo entre ustedes me han preguntado varias veces si creo que es posible construir la paz. Después de lo que hemos compartido en este ratito de tiempo, soy yo quien me atrevo a preguntarles: educar en conductas asertivas, una conducta que sepa responder con eficacia y justicia ante cualquier situación, ¿no les parece que es construir una conducta de paz?

# Dos mujeres

No hay estadísticas oficiales, pero investigaciones de prensa reportan que el delito en el hogar venezolano ha aumentado en los últimos diez años de forma significativa.

En este rubro la peor parte la lleva la mujer; en el mundo, una de cada tres mujeres ha sufrido abuso, y quien la maltrata es alguien cercano. La **violencia intrafamiliar** crece y adopta diferentes formas: psicológica, física, verbal, sexual o patrimonial. Todas traen secuelas





# UN DESTINO



# Mariluz y Katherine

Mariluz Peredo fue víctima de un marido celoso, uno de esos casos que hasta no hace mucho parecía «normal». Esa percepción machista de la relación de pareja ha comenzado a cambiar gracias, entre otras cosas, al trabajo de organizaciones como *Una luz frente a la violencia y el maltrato*

**M**ariluz Peredo sigue casada pues no se ha divorciado a pesar de lo sucedido. Tiene una hija más dos nietos. Esta es su historia.

Nació en España y se hizo venezolana desde que llegó, en su adolescencia. Había culminado su bachillerato en Cantabria y en Venezuela hizo un secretariado ejecutivo. Trabajó y se casó. Tuvo a su hija. A los tres años luego de parir comienza a trabajar en empresas de regalos para el hogar y, luego, once años en un colegio, en la parte administrativa. En un momento dado, su esposo, también español, no quiso que continuara trabajando. «No quería que siguiera, a pesar mío tuve que dejarlo para evitar problemas... Porque siempre era evitar. Cosa que no sirvió para nada después de 41 años de matrimonio».

Mariluz opina que es una persona de un

temperamento muy fuerte, que no se le puede contrariar en nada. «Siempre tratando de evitar pero un día explota y no evitas nada; me vi en la calle en un minuto, aporreada».

Fue un 22 de diciembre y ella había estado haciendo diligencias durante el día. Al llegar a su casa en Los Chorros se encontraron en el estacionamiento. Le reclamó por qué llegaba a esa hora (4:00 pm). Le explicó. Pero al parecer él no estaba para escuchar explicaciones. Le gritó que era la vergüenza de todo el mundo. La llevó a empujones hasta el ascensor y allí le dio una bofetada que le rompió los lentes; mientras subían le prometió una paliza cuando traspasasen el umbral del apartamento. Tenía un ataque, evidentemente, de celos.

Por casualidad estaba en casa la hija de ambos y los nietos. Se interpusieron y el hombre se abstuvo de cumplir la paliza anunciada.





Sin embargo, ya antes había sucedido un episodio similar, cuando le arrancó un mechón de cabello también por llegar tarde.

En esta ocasión, Mariluz decidió mudarse a casa de su hija. Puso la denuncia en la Policía científica. Le preguntaron si ella no había dado motivos para que le hicieran lo que le hicieron. Contestó que no podía creer que le estuvieran preguntando aquello. No puso la denuncia porque, al hacerlo, las autoridades se verían obligadas a detener al marido, y ella tampoco quería esa solución.

Sin embargo, durante la noche y en medio de la perturbación de la cual era presa, pensó en su condición: se encontraba fuera de su casa; si no ponía la denuncia, podría incluso perder ciertos derechos.

Así que al día siguiente fue a una comisaría de La Urbina. Los agentes marcharon, junto con ella, a la casa familiar para llevarse detenido al agresor, quien aun en medio de su captura continuó profiriendo amenazas. Lo dejaron detenido. Los agentes anunciaron que contrastarían ambas versiones.

El día 24 de diciembre lo pasó Mariluz en los tribunales, esperando la presentación del caso ante el juez; pero en cierto momento, un alguacil dijo que, dada la fecha navideña, ya no habría más audiencias.

El esposo celoso asistió al tribunal después; ella no se enteró y él expuso, solo, su versión. El fiscal, al parecer, no la defendió a ella en absoluto. Así las cosas, la juez encargada del pleito decidió dejarle el usufructo de la casa al

esposo celoso. «Y yo, fuera y aporreada». Mariluz pedía que le devolvieran su casa, y la juez decía que no podía tomar esa decisión. El fiscal, por su parte, no abrió la boca.

Nunca hubo sentencia y Mariluz no quiso presentarse más. Pasaron dos años. Para ella, ir a la Fiscalía significa un calvario. Sentía, al asistir, maltrato.

El esposo de Mariluz ni bebe ni se traspone. Hizo lo que hizo en plenas facultades físicas y mentales. Insistía en que Mariluz «le ponía los cuernos», según ella misma cuenta.

Entra en contacto con Katherine a través de Cofavic, el comité de familiares de las víctimas durante los sucesos del 27 de febrero de 1989 y días subsiguientes. Ella tenía conocimiento de Liliana Ortega como defensora de derechos humanos. Le prestaron ayuda psicológica y la enviaron con Katherine.

—Yo no sé cómo explicarle, pero fue un alivio saber que ellas entendían los problemas que a uno se le presentan con toda esta situación. Para mí han sido maravillosas; es un apoyo muy grande. Esto me trajo otras consecuencias, no me fui para el otro mundo de casualidad; fui operada de emergencia, de la vesícula; tuve angina de pecho. Cuestiones de la inestabilidad.

Ahora va con ellas, las abogadas y defensoras de *Una luz*, al piso 5 de Neurocirugía del Hospital de Niños. Ella, en su condición de «eterna aprendiz de la vida», se ha puesto a enseñarles a los niños cada sábado, dando clases de Arte. Y eso la ayuda porque de ese modo

encuentra paz. Y pinta. Talla esculturas. Orfebrería que ha venido a vender incluso, a manera de demostración, durante Constructores de Paz. De hecho, en las fotos aparece con los adminículos que elabora. En eso se ha empeñado. Estas cosas de la orfebrería las aprendió en la casa de la cultura de Chacao.

No cree que su marido sea capaz de cambiar.

—No creo que este tipo de personas le dé valor a la mujer, a la compañera... Siento como que las heridas se han tapado, pero internamente siguen doliendo. Sí, porque no es sólo el daño que me hizo a mí sino a toda la familia. Mi nieto, que acababa de cumplir 16 años; y la niña, de seis y vieron lo que pasó en la casa... De una u otra forma a todos nos afectó.

## ALIADA Y AMIGA

Katherine Martínez García lidera la asociación civil *Una luz frente a la violencia y el maltrato*. Es abogada y desde que era estudiante trabajó en *Clínicas Jurídicas*, el movimiento que fundaron los padres Miguel Santana Mujica y Luis María Olasso. Despachaba en La Pastora. Es una experiencia donde abogados, sociólogos y psicólogos se unen para resolver problemas legales de los habitantes de una determinada comunidad. Katherine estuvo catorce años coordinando una clínica en la iglesia de la parroquia La Pastora. «Trabajé muchos años apoyando el proyecto Catuche. Era la época bien bonita cuando estábamos todas las comunidades religiosas trabajando allí».

«Esta vocación viene de mi familia y del Señor. Porque estoy comprometida con Jesús, desde que tengo uso de razón y siempre pensé que mi carrera debía ponerse al servicio de los que menos tenían y desde que estaba estudiando Derecho me vinculé con el padre Olasso, que fue mi profesor en la Central. El padre Olasso fue mi profesor de Introducción al Derecho, fue la primera materia que vi en primer año. Me enamoró con todo lo que decía. Ya yo trabajaba en organizaciones, hacía un poco de cosas, pero me metí el mismo día a trabajar en Clínicas Jurídicas, desde que era estudiante

Un día, la directora de Atención a la Víctima en la Fiscalía llegó de visita. Hilda Hernández también era de La Pastora, amiga desde tiempos lejanos. A partir de entonces se formó una sólida llave. Hoy, luego de jubilada, es su socia en *Una luz frente a la violencia y el maltrato*.

—Ella fue la que me motivó a meterme en la violencia doméstica. Vino horrorizada y me dijo: «Hay que hacer algo, veo todos los días cómo pelotean a las mujeres, no les resuelven nada, las fiscales se la pasan de un lado a otro y ellas se cansan y se van. Contigo es que tengo que hacer esta ONG».

Katherine se contagió de su entusiasmo, y cuando se metió de lleno vio que el asunto era mucho más grave de lo que se había imaginado.

Y empezaron a ver los casos de mujeres con sus vidas destrozadas. Hoy manejan alrededor de trescientos pleitos. «Es muchísimo porque

somos sólo tres abogadas más una trabajadora social y una psicóloga que nos prestan ayuda voluntaria. Trabajamos a nivel voluntario. No cobramos nada. La situación es gravísima, con decirte que estas mujeres llegan y no tienen fuerza para poner la denuncia. Es algo terrible. Necesitan un acompañamiento fuerte».

Katherine atribuye características de pandemia a la violencia doméstica.

—Esto significa que debemos buscar apoyo financiero a nivel internacional. Ahorita tenemos de aliados a Amnistía Internacional e Inamujer.

Hay leyes de protección pero no funcionan. La mujer victimizada acude y se enfrenta a una pared en la propia justicia, donde teóricamente debería encontrar refugio. Es *ruleteada* de un lado a otro, y como muchas veces ni siquiera cuenta con un abogado —generalmente por no tener recursos para pagarlo—, no hay quien la atienda. Cada fiscal maneja cinco mil casos.

—Tenemos casos de mujeres embajadoras, de magistradas del Tribunal Supremo de Justicia. Eso es una cosa confidencial. Artistas, mujeres que llegan a la asociación porque se enteran que existe esta ONG o porque las manda un fiscal. Mujeres que son de un nivel alto y no te imaginas por lo que están pasando. Claro, ellas tienen otras herramientas que la mujer del barrio no tiene.

Se le pregunta cómo superar todo esto, y dice que, en primer lugar, trabajando en redes:

—Estamos trabajando con la gente de Amnistía Internacional, con la Fiscalía, con Inamujer. Hay muchísima gente del Estado que quiere hacer cosas buenas. Con ellos estamos trabajando. Creo que hay que comprometer a la gente: si yo tengo psicólogos en mi urbanización, por ejemplo, trato de ponerlos a la orden dos horas a la semana. En segundo lugar, debemos exigirle al Estado el cumplimiento de la ley. En tercer lugar, más presencia a nivel de medios de comunicación porque la gente tiene que saber qué es lo que pasa y tiene que saber cómo salir de esa situación.

Una vecina española vivió 25 años con el marido y sólo se dio cuenta del problema cuando el hombre mató a la hija. Ella sabía que le caía a golpes pero lo dejaba pasar pues pensaba que las mujeres están para eso, para aguantar.

Es importante que las mujeres se apoyen entre sí. Hacer talleres abre una luz al final del túnel, una vía para insertarse en el mundo laboral. Katherine ha visto experiencias maravillosas, como una muchacha licenciada en Administración que nunca había ejercido mientras estuvo inmersa en su problema de violencia doméstica. Luego de ser atendida por *Una luz frente a la violencia y el maltrato* se ha reencontrado consigo misma y consiguió trabajo. Volvió a preocuparse por ella, arreglándose, recobrando su dignidad. Como fue el caso de Mariluz Peredo.





« En Venezuela lo que falta es amor, servicio, que realmente te importe la gente. Hay que exigirle al Estado que después que hizo ese esfuerzo (la infraestructura jurídica y legal), no se quede en la fachada. Los jueces, los funcionarios públicos, ¿será que no saben lo que está pasando? Yo he estado en audiencias en donde la mujer es violentada por la juez

# Entre el desarraigo y la





# ILUSIÓN

**Acnur**, la agencia de Naciones Unidas para los refugiados, dice en su boletín oficial que Venezuela, en comparación con otros países de la región, ofrece una perspectiva de integración decente y sustentable para los **refugiados colombianos**. No está mal viniendo de un organismo de tanto prestigio, pero no es suficiente para tanto sufrimiento que esta gente trae a rastras tras dejar su terruño, su familia, su vida





# Refugiada y a salvo

Para 2011 había 200 mil personas con necesidad de protección internacional dentro del país; más de quince mil solicitantes de refugio pero sólo dos mil 790 refugiados reconocidos, según cifras de la Comisión Nacional para los Refugiados. Alida Shirley tuvo suerte de haberse topado con el Servicio Jesuita de Refugiados y con Cáritas. He aquí su pequeña historia

**A**lida Shirley Mendivelso es artesana porque su esposo la enseñó. Antes era «sólo ama de casa». Es una de las miles de refugiadas que cada año llegan a Venezuela. Abraham Sánchez —así se llama su marido, maestro, ahora reconvertido en albañil—, su hijo y ella atravesaron la frontera entre Colombia y Venezuela en 2006 para proteger sus vidas. Vivían en el sector del Lipa, en la sabana del Arauca; ella nació en Cravo Norte, un municipio cercano a la frontera con el Alto Apure.

Alida Shirley vino con lo básico, no podía cargar gran cosa: consiguió a unos conocidos que la pasaron en carro junto a su hijo. Abraham se vino por otro lado en bicicleta, con la

ropa puesta y nada más. Llegaron, tras una travesía de algunas horas, a Guasqualito, donde se escondieron en la casa de gente conocida; no se atrevían a salir pues habían visto por televisión que la Guardia Nacional trataba mal a los indocumentados. Y no conocían a nadie que atendiera a quienes solicitaban refugio. Allí en Colombia, Alida Shirley le tenía miedo por igual, y sobre todo, a guerrilleros y paramilitares. Desde luego, había presenciado situaciones de violencia. Como estaban cerca de un comando policial, a veces caían *ramplas*, una especie de bombas que los atacantes tiran desde la distancia. «Suena durísimo la explosión y después de eso se agarran a tiros».

El pueblo donde ella nació ya no existe;



Al principio les costó demasiado acostumbrarse (esa fue la palabra utilizada por ella, *demasiado*): sin familia y aquella manera de hablar diferente que le recordaba continuamente que no estaba en su tierra





Y así sigue adelante esta gente que una vez tuvo un pueblo que desapareció a *ramplazos* y balazos. Halló solidaridad y trabajo en este país, dos cosas inapreciables



una vez que regresó porque había fallecido su abuelo encontró su casita llena de esquiras y huecos producidos por balas.

En Guasdualito la familia permaneció más o menos un año escondida hasta que alguien les aconsejó que recurrieran al Servicio Jesuita de Refugiados. Gracias al apoyo de esta institución ahora Anderson Steve, con nueve años, estudia cuarto grado en un colegio adventista; pero tuvieron que pasar cuatro años hasta que el Gobierno venezolano les dio el visto a los jesuitas encargados del trámite. Cada dos meses, Alida Shirley o Abraham debían renovar el documento provisional. Al final ya no le cabía un sello más. Por fin un día, en la oficina del SJR allá en Guasdualito, les dieron la buena nueva. Tuvieron después que venirse a Caracas para sacar la cédula de transeúnte. Pero eso fue en febrero de 2011.

Si la pones a pensar, Alida Shirley te dirá que en realidad para ellos no existe ninguna diferencia entre Colombia y Venezuela. Igual es el llano. Las costumbres son más o menos las mismas. Al principio les costó demasiado acostumbrarse (esa fue la palabra utilizada por ella, *demasiado*): sin familia y aquella manera

de hablar diferente que le recordaba continuamente que no estaba en su tierra.

Pero le tomó amor a su trabajo nuevo de artesana tallando la madera; y se acostumbró al tono venezolano en el habla. Mantiene comunicación con la familia, que sigue en el Arauca.

La gente de Cáritas ayudó a Abraham y Shirley a fundar una cooperativa de artesanos. A ellos y a siete artesanos más. Abrieron una tienda, Manos Artesanas, en el centro de Guasdualito, frente a la iglesia del Carmen. Cáritas financió la mitad de esa tienda. Abraham gana, por otra parte, unos 600 bolívares fuertes por semana, cuando le sale trabajo como albañil. Shirley trabaja con bambú y totumo haciendo bisutería y garzas de madera... «Una garcita vale diez bolívares». Y su esposo talla animales del llano en madera.

Y así sigue adelante, esta gente que una vez tuvo un pueblo que desapareció a *ramplazos* y *balazos*. Halló solidaridad y trabajo en este país, dos cosas inapreciables. Pero más inapreciable es la paz, aun la paz de Guasdualito, que no es perfecta ni mucho menos.

# Por la COMUNIDAD

*Los muchachos supieron  
de alguna manera,  
también, que había  
llegado la hora de parar.  
Que no podían seguir en  
una eterna culebra  
(porque la culebra  
te pica cuando estás  
distráido, y la debes  
matar por la cabeza).  
La culebra y el síndrome  
del ventilador, porque  
estás todo el tiempo  
volteando a los lados. En  
el momento en que estás  
distráido, ahí te matan.*

Verónica Zubillaga  
Socióloga





En este capítulo toman el protagonismo Doris, Alicia, Joidy y otras personas de **Portillo y La Quinta**, en Catuche, quienes abrieron camino a la convivencia; Zoraida, atenta a los consejos comunales de **Catia**, organizando cursos, alimentando a la comunidad de datos y proyectos; Santi y José, lidiando cada día a nombre del programa **FOCO** en una zona especialmente crítica de San Félix llamada Vista al Sol; Onolis, en Maturín, y Francis, en la ciudad de Valencia. Todos ellos son ejemplo de construcción de paz en diferentes rincones de la geografía nacional







# La culebra se mata con diálogo

Una joven madre que nació y vive en Catuche recuerda lo que la empujó a incorporarse en las reuniones de pacificación del barrio: escuchó la desesperación infinita de una vecina a quien le acababan de matar al hijo. «Ella insistió de que la comunidad tuviera una reunión. Lo pidió por favor. Que no le deseaba ese dolor a ninguna otra madre». En este rincón de La Pastora las mujeres se unieron y lograron lo que parecía imposible

**H**ay un clima de quietud los sábados por la mañana en los alrededores de Catuche. En ese rincón de La Pastora que es como una gran zanja se encuentra la quinta del cuidador del tanque de agua que alguna vez surtió a Caracas, cuando era la ciudad de los techos rojos. La casa Virgen del Valle sigue en pie, redonda y majestuosa frente a una ceiba gigantesca que casi la toca con su sombra. Justo a un lado de la entrada se halla un nicho con una cruz de mayo de papel celofán bien colorida; un poco más arriba, subiendo unas escaleras, la Virgen del

Valle vestida con un traje blanco. A ella le rinde culto el pueblo de Catuche cada 8 de septiembre, cuando le mudan el traje y la pasean en procesión, le hacen tortas y le traen un mariachi para que le cante las mañanitas. Así de candoroso es este pedazo de La Pastora, una parte de Caracas que, a ratos, todavía evoca aquella época en que a José Gregorio Hernández lo mató el único automóvil que andaba por la ciudad.

Esta es la historia del tanque de agua situado frente a la casa de su cuidador. Ese tanque se convirtió por un dilatado periodo en basurero; y luego en edificación maciza y fresca de



Los ritos e imágenes religiosas están muy presentes en Catuche.



tres pisos donde funciona el Centro Comunitario de Catuche, propiedad de Fe y Alegría pero en realidad de toda la gente que por allí mora. Allí se da plenamente la convivencia, sea en los talleres o nada más mirando la televisión en un aparato donado por el Ministerio del Interior, como fueron donados los 21 terminales de computación del aula de recuperación. Arriba está la capilla San Ignacio de Catuche, inaugurada el 21 de junio de 1998. Su techo es de bambú. El arquitecto César Martín y su hija Yuraima la diseñaron.

En ese centro comunitario las mujeres han vencido a la violencia. Pero es injusto decirlo así pues un caballero también estuvo integrado a las asambleas y arrió el hombro. Ya murió pero lo recuerdan con cariño: William Burgos.

Antes, fuera sábado, domingo o cualquier día de semana, podía entablarse un tiroteo entre Portillo y La Quinta. De repente, al solo



llamado de un yesquero encendido en mitad del barranco, se armaba la plomazón. Dos sectores tradicionalmente enfrentados vaya usted a saber por qué.





Eso se acabó. Lo logró Alicia. Lo logró Doris. Lo logró William. Lo logró Joidy. Lo logran los jóvenes que antes mantenían la *culebra* y ahora respetan los acuerdos entablados en asambleas desde 2007. Lo logran Nelly Pichardo y Carolina Martínez cada semana dentro de la precariedad de las circunstancias.

## FRENTE A LA CASA

Catuche es un barrio que se escurre a los lados de la quebrada que le da nombre, bajo la cota de la ciudad formal. Desde el puente Guanábano se ve cómo agarra cerro arriba, siempre amenazado por la quebrada. Los padres jesuitas comenzaron a llegar allí en 1989 animados por el movimiento de los sacerdotes que deseaban formar parte de las comunidades, sin un proyecto concreto pero dándole forma a la consigna *bajar al encuentro* acuñada por el jesuita Benjamín González Bueta.

Los recién llegados se pusieron a pregun-



tar, e impulsaron a los feligreses a preguntarse, cuáles eran sus necesidades más acuciantes. Así, los vecinos observaron la quebrada y se percataron de su espantosa suciedad: eso de botar basura en su cauce como que traía sus consecuencias, cómo no.

Y se preguntaron qué hacer para evitar tanta enfermedad rondando las casas. Y el asunto de la violencia ya estaba muy presente.

Lo primero fue una marcha por la paz, desde lo más alto hasta la iglesia de La Pastora. Hubo misa. Eso fue después del Caracazo. Se plantearon la necesidad de contar con médicos, pues los ambulatorios cercanos por lo general estaban abarrotados o en paro. Se trajeron un médico y Doris Barreto, una líder que hoy en día coordina el centro comunitario, recuerda:

—Primero íbamos casa por casa y nos sentábamos en la escalera: ¡señora, llegó el médico...!

Luego se plantearon formar equipos con gente que supiera aplicar primeros auxilios: el mismo médico, Luis Eduardo Colmenares, les enseñó y en el Hospital Padre Machado aprendieron, en una especie de pasantía, lo que había que aprender para casos de emergencia. Así fue creciendo la organización. Desde 1993 hasta ahora, años de trabajo efervescente, creando comunidad desde temprano a través del Proyecto Verde: cada semana, diversión y encuentro entre los más pequeños. Así aprendían a compartir y conocerse, porque Catuche siempre ha sido un gran chorizo dividido en trozos, y la gente tenía que conocerse para

aprender a convivir y quererse como se quiere la gente de bien.

Las mujeres desarrollaron, además, el programa *Refuerzo escolar* para ayudar a los niños con las tareas. Producto de esa iniciativa es el salón del centro comunitario La Quinta con los terminales de computación y otro, aledaño, con mesas y un pizarrón acrílico donde los niños reciben su complemento escolar de manos de dos maestras del propio barrio.

Sin embargo, la madre de todas las batallas fue, después de todo, la pelea contra la violencia.

## GRITOS DE DESCONSUELO

La violencia entre los muchachos continuaba. Aquella marcha hasta la iglesia de La Pastora solo había derribado el tabú del paso entre sectores; ahora los vecinos iban de un lado al otro pero igual continuaba la *culebra*. Francisco José Virtuoso, uno de los jesuitas que tomó para sí la causa de Catuche, promovió acuerdos verbales entre los jóvenes. Esos acuerdos podían durar un mes o nada más una semana, dependiendo de la situación. El padre llevaba la dirección en esas delicadas reuniones pues se había ganado la confianza de los chamos. Dice Doris Barreto: «Eso generó aprendizaje en la gente que estaba trabajando con él».

En agosto de 2007 comenzó Doris a trabajar en La Quinta; hasta entonces había permanecido en Guanábano, mucho más abajo. Le tenía miedo al sector porque decían que

**El recinto del Centro Comunitario ya estaba construido desde 1994 aunque la capilla en el tercer piso data de 1998. Llegó a haber cinco centros en Catuche de Fe y Alegría: además del principal en el sector La Quinta, descrito aquí, uno en Bulevar (con biblioteca), uno en Portillo y dos en Guanábano. Vivían permanentemente llenos, según relata Doris, y eran coordinados por gente de la comunidad. Tras la tragedia del 99 quedaron dos.**





estaba lleno de malandros. Llegó y pasó como una semana, cada mañana, diciendo «buenos días» sin que ninguno le contestara aunque toditos estaban apostados en la puerta del centro o por ahí cerquita. Simplemente no le contestaban. Llegó para atender las áreas de educación, deportes y salud. Pero sobre todo para desarrollar contacto y acompañamiento con las familias, para seguir generando confianza.

### **LAS TRAICIONES DE LA VIDA**

La historia de Doris, en lo personal, se deslizó por la tragedia en menos de quince días del año 1999: el 3 de diciembre perdió a su hijo en medio de la violencia del barrio, y por si fuera poco el día 15 perdió también su casa en Guanábano, con todo y sus enseres, arrasada una y otros por la crecida incontenible de las aguas. Ella estaba amanecida del último novenario de su hijo cuando sucedió.

En ese tiempo coordinaba el centro de salud de Guanábano.

—Después de la muerte de mi hijo me involucré muchísimo más. Sería un escape o no sé pero todavía no lo entiendo.

Al hijo lo asesinan en Guanábano y fue un joven de Portillo el autor del hecho. Después de aquella época no ha vuelto a saber de aquel que le hizo un daño tan lacerante que es imposible de describir.

Aquella guerra entre Portillo y La Quinta, todavía años después, en 2007, no conocía descanso ni amainaba durante los días laborales. No había horario para el tiroteo.

Cierta vez venía llegando a su zona y una mujer le advierte que por ahí están los jóvenes de La Quinta. Ella, que necesita lentes, al principio no acertó a detectarlos; pero cuando al fin los vio en el lado donde no debían estar les preguntó qué estaban haciendo ahí y les dijo con la confianza ganada: «Cuidado con una



vaina». Pero al voltear ve llegar a otro con una pistola en la mano.

—¿A dónde vas tú con esa vaina? —le preguntó al muchacho con afán de detenerlo. El pistolero contestó que alguien lo tenía *obstinado*.

—¿Y piensas que la manera de resolver las cosas es con una pistola? Hazme el favor y te regresas.

El muchacho le hizo caso. Este incidente generó una reunión desde las 11:00 de la mañana hasta las 5:00 de la tarde entre Doris y varios jóvenes. Era julio de 2007, día de semana. En esa reunión le comentaron:

—Lo que pasa es que tú eres pura paz.

—No, lo que pasa es que yo creo en el diálogo; pero el diálogo desde el respeto.

Uno de ellos reveló cierta clave:

—Bueno, Doris, es que tú no tienes que hablar con esos malandros de allá abajo, sino con esas viejas chismosas, que son las mamás.

Se quedó pensando en eso. Luego, en agosto, se fue a Mérida con su amiga Janet Calderón. Le llegó un mensajito: que los de Portillo mataron a uno de La Quinta que vivía con una chama en la plaza La Pastora. Al poco rato llega Janet llorando con otra noticia: habían matado a Anderson, de Portillo.

Portillo son dos edificios con 32 apartamentos. Pues bien; 27 de los representantes de esos apartamentos asistieron a una asamblea convocada por la madre de Anderson. Se conversó la situación. Nunca se habían escuchado tantos disparos como cuando mataron a An-

derson; gracias a la estructura del edificio las balas rebotaron y no se produjeron más fallecidos. Anderson se había expuesto cuando fue a apagar una luz y quedó en el medio.

En todo caso, en esa reunión se hizo presente lo dicho por aquel joven de La Quinta: hablar con las *viejas chismosas*. Alguien preguntó quién estaría dispuesto a ir a La Quinta a conversar, y surgieron doce personas; entre ellas, dos hombres. Pero había que poner las cosas de modo tal que no fueran a pensar los de La Quinta que la comunidad de Portillo junto a Fe y Alegría se les venía encima como en cambote. De modo que Doris fue a La Quinta. Le dijo a una muchacha —precisamente concubina de quien le había dado la idea de conversar con las viejas chismosas— sobre la propuesta y ella se mostró dispuesta. Doris recuerda, hoy en día, ese elemento: la disposición en la gente como diciendo tácitamente todos a una: ya basta.

Hubo acuerdos. Por ejemplo, no pasar por tal o cual sitio ni pararse allá, donde están los *containers*, a hacer señas hacia el otro lado. Algunas de esas señas, se sabía, indicaban la inminencia de una trifulca; incluso prender un yesquero era señal inequívoca de tiroteo.

Todos los acuerdos se llevaron a otra reunión con los muchachos y ellos estuvieron conformes: firmaron.

Igual se hizo en La Quinta. Llegó la comisión de Portillo y la gente la estaba esperando. La primera noche fue de gran expectativa. Doris recuerda que el corazón se le salía por



la boca. «Sin embargo, fue un encuentro muy bonito donde se pudieron decir las cosas».

Los mismos sentimientos encontrados vividos en Portillo, igualitos: estamos cansados de tirarnos al piso, de dormir bajo la cama, de montarnos los colchones encima del cuerpo, de llevar los niños al psicólogo porque están traumatizados, de que a mi mamá le dio un ACV, de que a mí me da pánico salir, no podemos celebrar nada.

Esa noche se abrazaron y lloraron. En la segunda reunión, a la semana siguiente, fue la gente de La Quinta a Portillo, en reciprocidad. Se suscribieron actas, y desde entonces comenzaron a marchar las comisiones.

Luego se organizó una jornada de limpieza y un sancocho comunitario.

Cierta vez a los jóvenes de Portillo, jugadores de básquet, se les ocurrió subir hacia La Quinta a jugar y fueron unos momentos de mucha tensión para algunos mayores. Sin embargo salieron todos los muchachos, jugaron y luego pusieron música y bailaron.

Cerca de Navidad un joven inventó hacer

un nacimiento en La Ribereña, una vía de acceso. Ha quedado como tradición que cada 20 de diciembre las dos comisiones de paz organizan a la gente para levantar el nacimiento.

Han pasado los años y ahora las condiciones son otras, pero el horizonte sigue estando allí con cara sonriente, más risueño de lo que aparecía antes. Como dice alguien que ha conocido la experiencia de Catuche muy de cerca, «lo importante es que sepamos para dónde vamos».

## ELLA ESCUCHÓ EL LLANTO DE ALICIA

Joidy Medina nació y vive en Catuche. Ha vivido todo desde el lado de Portillo. Ahora tiene dos niños, una niña de doce y un varón que va a cumplir seis años. Forma parte de la comisión de paz de Portillo desde sus comienzos, en 2007. A ella le asesinaron un sobrino de doce años un 31 de diciembre, cuando regresaba de dar el feliz año a unos amigos en el mismo barrio. «Los muchachos venían echando tiros, y cuando mi sobrino regresaba recibió el disparo. No tenía problemas ni



nada, sólo venía de dar feliz año y lamentablemente recibió la bala».

En el sector las mujeres escucharon a la vecina a quien le mataron al hijo insistiendo en que la comunidad se reuniera. «Lo pidió por favor. Que no le deseaba ese dolor a ninguna otra madre. Que se acabara todo eso porque ella no quería ver a otra madre sufrir como ella estaba sufriendo».

Esa madre, Alicia Rosas, dio el ejemplo en Portillo. «Con el dolor que tenía supo perdo-

nar a aquella persona que le mata a su hijo. Al cederle el perdón y reconocer que, cónchale, si no hacíamos nada iba a haber otros muertos, abrió el camino. Nos dio la gran experiencia y eso fue lo que nos motivó a las demás madres allá abajo».

Joidy sabe que sin la ayuda de los muchachos tampoco hubiese sido posible el tiempo de la paz; también ellos deseaban vivir tranquilos, «querían respirar un poquito de otra vida».





Poco a poco, con el apoyo del Centro Gumilla y Fe y Alegría, lograron equipar un espacio donde los niños pudieran hacer sus tareas y pasar ratos pintando y divirtiéndose bajo la tutela de una de las maestras del barrio. Al lado hay un salón debidamente refrigerado con los terminales de computación que donó una entidad oficial



« Aquí llegué pequeña. Venía de Santa Teresa del Tuy. Tengo hijos de 15 y 18 años. El de 18 se retiró del liceo porque me dijo que no entendía nada de lo que los profesores decían; los niños con quien se la pasa tampoco están estudiando, entonces yo lo saco por ahí. Sin embargo lo está tratando uno de los sicólogos de la Universidad Católica que vienen al centro comunitario... Sí, yo estaba aquí desde las primeras asambleas y digo que lo que más nos ayudó fue el diálogo, y que los mismos muchachos entendieron que ellos tampoco querían más problemas. Si ellos no ceden no hubiésemos hecho nada. Formo parte de la comisión de paz permanente. Me gusta estar aquí, me gusta la ayuda que tenemos

*Carolina Martínez*





« Tengo cuatro hijos, uno de ellos en una edad peligrosa. Yo me dije: mi hijo no está metido en problemas pero de igual manera está con ellos, escucha los comentarios, todo lo que hacen... Mi casa estaba más arriba y se la llevó la quebrada (en la crecida de diciembre de 1999) con todo y los enseres. O sea, damnificados. Me vine para casa de mi hermano, aquí en La Quinta. Cada sector es aparte y tiene su forma de convivencia; lo que yo había vivido en mi sector... nada que ver con La Quinta. Fue algo muy diferente. Me daba temor estar aquí en La Quinta. A las seis de la tarde tenías que estar encerrada, todo el mundo adentro, porque en el momento menos pensado se formaba un tiroteo o escuchabas que estaban planeando cualquier cosa... Eso me hizo involucrar en el trabajo comunitario

*Nelly Pichardo*





# Convertir al vecino en gestor comunitario

Zoraida Pacheco es una mujer afanada, inquieta, parece que tuviera el don de la ubicuidad. Su organización se llama *Unión vecinal para la participación ciudadana*. Empezaron en Catia, en la calle Colombia, en 2002. Algo pequeño, pero hoy en día estos emprendedores del populoso vecindario han tendido alianzas importantes y los consejos comunales confían en sus cursos. En estas páginas, la propia voz de Zoraida

**A**l principio no teníamos sede, pero después fuimos creciendo, fue llegando más gente. Comenzamos a hacer talleres, seminarios, foros, encuentros en la calle. Simplemente nos reuníamos un grupo. Yo soy un poquito de varias cosas. Trabajé un tiempo en educación media y terminé en la Universidad Nacional Abierta. Ahora estoy dedicada al trabajo comunitario. Era consultora, asesorando empresas, haciendo dinámicas de grupo. Cuando el paro petrolero trabajaba para una empresa oficial y, a raíz de los problemas que hubo, se paralizó y comencé a participar en Unión Vecinal.

Pablo Rivero Cardona fue el fundador jun-

to a William Requejo. El señor Rivero falleció y William ha sido un buen vecino, dedicado al trabajo comunitario. Ha sido una experiencia bien sabrosa porque hemos ido creciendo y hemos visto cómo nuestro trabajo tiene aceptación y la gente nos llama y nos pide asesoría. Ahorita estamos dando apoyo a los consejos comunales de distintas tendencias porque realmente eso, para nosotros, nunca ha sido una limitación.

Fundamentalmente organizamos talleres de distintos temas, sobre todo manejo de conflictos; ciudadanía, contraloría social y un programa que se denomina *Democracia entre nosotros*. Lo hacemos en las comunidades. En

la asesoría a los consejos comunales damos el curso de gerencia comunitaria en ocho sesiones de 16 horas cada una y comprende los módulos de sociedad civil, participación ciudadana, trabajo de equipo, liderazgo comunitario, elaboración de proyectos para el desarrollo social y manejo de conflictos.

Trabajamos mediante alianzas con Sinergia o en asociación con algunas ONG.

Nos damos apoyo mutuo. Pero empresa privada, no; ni tampoco el Estado.

Se trata de convertir al vecino común y corriente en un gestor en el área comunitaria, capaz de elaborar un proyecto para la comunidad, conformar equipos, ser monitor e informador de lo que nosotros hemos venido trabajando que es la ciudadanía, la educación del vecino, del ciudadano común. Ver lo importante que es el reto de vincularnos con el Estado desde la sociedad civil para tratar de equilibrar las acciones.

Contamos con apoyo de la Universidad Católica Andrés Bello: las clínicas jurídicas. Los estudiantes de Derecho van allá, a nuestra sede, los martes, y hacen clínicas jurídicas para los

vecinos. Ya la gente sabe, va y espera su hora, hace su cita. Los muchachos hacen la asesoría, supervisados por una profesora. Los vecinos hacen consultas, preguntan por la elaboración de documentos. Es asesoría jurídica gratuita.

En la medida en que las personas aprendan a valorarse... creo que allí radica la cuestión: valorarse. Creer en el valor del trabajo, en la propia capacidad para ser gestores y capacitarse para interactuar en comunidad, de forma menos violenta y agresiva. Pensamos, porque es nuestra intención, que cuando la gente es capaz, no importa de qué tendencia sea... Hubo un taller que no dimos nosotros, pero se hizo en nuestra sede, de género, con representantes de la comunidad de sexo diverso. Trabajaron allí el tema de conciencia de género y violencia familiar. Fue bien interesante para aprender a convivir y a aceptar al otro. En esa medida contribuimos a la paz.

Somos bastantes en la organización porque la gente se asocia y participa y va a los talleres. Pero digamos que el núcleo somos como diez personas. Creo que podemos hacer mucho. Lo que quiero decir es que sí es posible la convivencia, sí es posible vivir juntos si le damos al otro lo que queremos para nosotros. Y esperamos no caer en el jueguito de la polarización: ellos y nosotros, ustedes y nosotros, me niego a eso. En la medida en que pueda contribuir para que no siga proliferando esa idea de división, estoy presente.

«**Tenemos en Unión Vecinal un centro de copiado. Específicamente en el sector de Los Magallanes había un grupo de jóvenes que quería una cancha deportiva. Conseguimos una donación personal de un señor que, cuando conoció lo que hacíamos, quiso apoyar y nos financió ese proyecto de la cancha**





# Foco en tres lugares

FOCO –Fortalecimiento de la Organización Comunitaria– es una iniciativa del Centro Gumilla que ya ha demostrado su efectividad en varias regiones del país. A través de facilitadores ofrece formación para que las comunidades desarrollen sus propias capacidades: gestionar su hábitat, organizarse con eficiencia, relacionarse con los entes municipales, estatales y del Gobierno central. Y herramientas prácticas: por ejemplo, cómo solventar los escollos legales que representa construir un colegio que le hace falta a la comunidad. He aquí tres de estas experiencias en concreto, protagonizadas por gente muy de carne y hueso

**A**mbos son padres de familia. Ambos construyen paz a través de la formación de los hombres del mañana que habitan comunidades de San Félix, en Ciudad Guayana. Santi Villarroel es coordinador pedagógico de Fe y Alegría y facilitador de FOCO. Dice que la gente se entusiasma con este programa, incluso los muchachos de las misiones promovidas por el Gobierno nacional se inscriben.

—Una vez que vendemos el programa, todo el mundo contento. Se montan en la elaboración de proyectos, análisis de contexto, visitas al barrio, estrategias para reforzar la organización comunitaria, resolución de conflictos,

manejo de grupos y todas esas cosas. Hay unos que se meten para ver la parte legal, y otros a quienes les interesa sólo la parte de proyectos porque son del consejo comunal. Quieren que los ayudemos a hacer un proyecto específico. Igual los aceptamos porque lo que ellos van a hacer beneficiará a la comunidad.

Pero hay dificultades. Por ejemplo, hay un grupo que no cumple con el horario pues sus integrantes trabajan en el complejo hidroeléctrico de Tocomá. Ese grupo sólo puede asistir los sábados.

—Y si hay un Mercal faltan todos.

Por su parte, José Marcano estudió Derecho pero se considera, en los hechos, maestro.





Santi (izquierda) y José trabajan de manera mancomunada para poner el énfasis en el factor humano.



Además de facilitador de FOCO, se desempeña como defensor de la Lopna. Atiende la parroquia Vista al Sol, parecida a Petare, muy populosa: es la más grande del estado Bolívar, con ocho barrios. Allí hay dos escuelas Fe y Alegría.

Los talleres de Marcano suelen tener alrededor de quince participantes; su idea ha sido enfatizar el factor humano en la gestión comunitaria, tratando de evitar que los voceros de los consejos comunales caigan en lo político.

En Guayana se han dado cursos sobre violencia intrafamiliar y análisis de contexto. Esto lo hacen para tratar de disminuir la violencia en el entorno. Dentro de la comunidad 25 de Marzo, sector de Vista al Sol, hay problemas terribles. Los mismos líderes querían involucrar a los muchachos y trabajar problemas como la delincuencia y el embarazo precoz.

La comunidad de El Pao, zona rural, estaba medio abandonada. Ahora sus líderes solicitan talleres donde analizan cosas muy humanas; incluso se interesan en el curso sobre abuso sexual. Saben que deben aprender a desarrollar proyectos, pero también saben que sus problemas principales son el embarazo precoz y la violencia intrafamiliar.

Santi vive en Vista al Sol, no sólo trabaja allí. Muchos de los muchachos que han pasado por sus manos ahora son exitosos en sus carreras universitarias o en su oficio; otros se han dejado arrastrar por la violencia del barrio.

Marcano habla del mal uso del celular en las escuelas de la zona: se llegó a grabar y subir

a la red un homicidio. Y también se grabaron y se pusieron a circular videos de adolescentes quitándose la ropa. Una ordenanza municipal prohibió el uso de celulares con cámara dentro de las escuelas.

Hay cosas terribles pero también hay esperanza:

—Tenemos muchas alianzas —dice Santi—. Trabajamos articuladamente. Soy coordinador pedagógico de Fe y Alegría y llevo diez años trabajando en la institución... Le llevo los problemas a él (a Marcano) y entre los dos resolvemos. Hemos hecho una buena mancuerna con la Defensoría, con la gente de la Iglesia, trabajando esa parte un poco olvidada. Y allí hay muchas alternativas para los jóvenes en cultura y deportes.

Está el grupo Huellas. Todos los programas de calidad educativa más la defensoría escolar y ahora el Centro Gumilla con FOCO. Lo que no se estaba haciendo era trabajar directamente con los líderes comunales. Santi y José son optimistas. «Vamos a ver si esto que estamos haciendo sigue dando frutos», dicen.

## ONOLIS Y FRANCIS

Onolis Guevara es promotora comunitaria del colegio Aguasay, en la parte oeste de Maturín. Desde allí organiza talleres en las comunidades para establecer diálogos más abiertos. Quiere que la gente descubra sus propias capacidades para gestionar proyectos y mejorar la calidad de vida en su entorno.

El grupo —o los grupos, pues a estas alturas



habrán pasado varias hornadas por los cursos— está conformado por miembros de algunas misiones, voceros de consejos comunales, líderes diversos. El primer encuentro estuvo lleno de tensión, solamente participaron seis personas; pero luego la asistencia aumentó. Cree que el simple hecho de encontrarse con el otro, dialogar, expresarle las ideas y el deseo de mejorar situaciones que aparentemente son conflictivas ya abre los canales para la paz.

Francis Alvarado, por su parte, es la promotora principal del proyecto FOCO desde la comunidad que gira alrededor de la escuela Santa Teresita de Fe y Alegría en la zona sur de Valencia, donde estudian alrededor de dos

mil niños. Comenzaron, Francis y sus compañeros, impartiendo talleres de formulación de proyectos y liderazgo. Propusieron un taller piloto para resolver el problema del agua en la zona. Al principio hubo apatía, pero luego, con paciencia, los promotores de Fe y Alegría fueron convenciendo a la gente hasta que se llenó aquel primer taller y los siguientes.

Esta ha sido una constante declarada por quienes han hecho del programa FOCO una realidad en los más apartados rincones del país: al principio es difícil, pero con voluntad todo se puede y los líderes primero, pero luego también quienes no lo son, terminan viéndole *el queso a la tostada*. La comunidad lo agradece.

ENTREVISTA *Germán García-Velutini*

# Bajo un bombillo en una mazmorra

Germán García-Velutini, miembro de la familia que fundó el Banco Venezolano de Crédito, es un hombre de vocación cristiana que empeña sus recursos y su voluntad en algo práctico y comprobado: Fe y Alegría, por ejemplo. Sufrió en carne propia los rigores de la violencia en febrero de 2009, cuando el automóvil que conducía fue interceptado por un grupo estilo comando que le robó la libertad durante once meses. Sin embargo, la experiencia fue la oportunidad para reencontrarse con la Biblia y entender cuánta fortaleza de ánimo son capaces de desplegar los familiares más cercanos, quizás quienes peor parte llevan en este tipo de delitos. García Velutini es viudo con tres hijos y cree en el perdón, pero también en la justicia

**Y**a lo dijo al cerrar el primer encuentro de Constructores de Paz en la Universidad Católica, y lo repite cada vez que puede: «Es en la educación donde debemos concentrar todo nuestro esfuerzo. Formando niñas, niños, jóvenes con valores cristianos, humanos: así lograremos romper el círculo nefasto de la violencia».

Para entonces no hacía mucho que había recuperado su libertad. Ahora mira distinto no el problema de la violencia en Venezuela, sino la vida misma. Fueron once meses encerrado

en una especie de mazmorra de dos metros por uno sin ventana y sin contacto humano alguno. No habló con nadie ni nadie le habló. Toda la comunicación era escrita. Pidió una Biblia y se la dieron. Dice que ese contacto con la palabra de Dios le permitió entender varias cosas. Aprendió, como dice Santa Cesárea, que no hay ninguna doctrina que sea mejor, más preciosa y más espléndida que el texto del Evangelio. Aprendió que la respuesta a las angustias y sufrimientos es allí donde podemos encontrarla.

El secuestro conlleva una violencia perso-





nal directa, sobre el cuerpo, pero también es violencia que se ejerce contra toda una familia, la del desdichado que ha caído secuestrado. A veces se ha preguntado Germán García-Velutini quién sufre más, si el propio secuestrado o aquellos que andan afuera sin saber qué hacer. La parte de la Biblia dedicada a los Evangelios le fue dando una paz interior difícil de entender desde afuera. La palabra de Dios, cuenta, le dio tanta calma que en algunos momentos, a pesar de aquel encierro, se sintió feliz, como si estuviera bien. Desde luego, García-Velutini se formó con una base cristiana, y sobre todo jesuita, por haber estudiado en el colegio San Ignacio; pero en su encierro *sintió* la palabra que lo reconciliaba consigo mismo y con el mundo.

Aunque las experiencias en construcción de paz son como puntos de luz un tanto aislados unos de otros, el abogado y empresario guarda esperanzas:

—Si logramos que cada uno de nosotros cambie de manera individual; que cada quien tenga esa conciencia y ese espíritu y vaya transmitiéndolos... Debemos tener presente que la lucha contra la inseguridad no la tiene que hacer el Gobierno; no podemos

esperar a que tome medidas, debemos actuar nosotros hoy.

Y pone el ejemplo en el tránsito caraqueño, cuando en una esquina alguien permite que otro pase primero: la gente saluda la amabilidad del conductor y sonríe. Ha sucedido lo inesperado, lo que llama a la convivencia ciudadana.

—La gente está ávida de esos gestos.

Cuando estaba en aquel cuartucho caliente disponía de un bombillo de luz blanca durante el día. Con eso era suficiente para leer los pasajes bíblicos pero en la tardecita ya quedaba medio *noqueado* por el calor y en la noche le ponían un bombillo tenue, de luz mortecina. Con eso no podía leer. Lo hacía, entonces, más que todo en las mañanas y en la temprana tarde. Visto en perspectiva aquel periodo de su vida, y contestando —una vez más— a la pregunta de lo que haría si le presentasen a sus victimarios ahora, piensa en el perdón como reacción.

—Pero nunca los he tenido enfrente. Sólo le pido a Dios que si los tuviera, ojalá pueda mantener esa misma actitud... Sin embargo, hay dos cosas distintas: que se haga el perdón no significa que no se haga justicia.





ENTREVISTA *Carlos Martín Beristain*

# «El tejido social tiene que autoprotegerse»

Ha sido asesor de varias comisiones de la Verdad (Paraguay, Ecuador, Perú, Guatemala) y es perito para la evaluación psicosocial y médica de varios casos ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Sabe de las cicatrices que dejan los conflictos y, sobre todo, de los elementos que convergen en la reconciliación de los pueblos. En esta entrevista, de la cual se transcriben extractos, señala las inconsecuencias de la prensa y alerta sobre el lenguaje de la división

**E**sa frase del título, ¿qué significa? *El tejido social debe autoprotegerse*. Carlos Martín Beristain, quien estuvo en el primer encuentro de Constructores de Paz, en 2010, es un médico vasco que pasa seis meses del año en América Latina empeñado en labores de reconciliación. Es, en el mejor de los términos, un especialista en educación para la salud y doctor en psicología. Ha recopilado testimonios de víctimas de tortura y violaciones a los derechos humanos en Guatemala, El Salvador, Colombia, México, Brasil, Perú o Ecuador. Opina que muchas veces, en un contexto polarizado, la persona es conminada a colocarse en un sitio o

en otro. Se necesita, entonces, una estrategia de protección para el tejido social.

—No sé cómo sería esa estrategia de protección para el caso venezolano, pero por la experiencia en otros países no hay que creerse, en primer lugar, los discursos evidentes de la polarización: hay más variedad de la que parece o de la que se representa política o mediáticamente.

Los medios de comunicación cumplen, a su parecer, un papel bastante nefasto en la exaltación de las visiones polarizadas de la realidad. Si se mira el panorama de los medios en América Latina, encuentra muchos ejemplos de lo que



no ayuda a entender la complejidad de las situaciones de conflicto, la riqueza de matices. Beristain afirma que los activos militantes de la construcción de la paz deben desarrollar estrategias para visibilizar las experiencias, que las hay siempre, de encuentro y reconstrucción de la convivencia en contextos que a primera vista parecen imposibles. Pero además, como nunca se representan socialmente, tales experiencias parecen inexistentes cuando en realidad podrían tener un potencial transformador.

Que la gente se vea en el espejo de otra gente: he allí la cuestión. Que vea otro mundo posible; que no es solamente un eslogan para ciertos momentos, sino una manera de generar aprendizajes entre quienes hacen cosas distintas, dando lugar a formas más integradoras de

trabajo, menos excluyentes. Eso no impide la concepción ideológica o las visiones del mundo o del país que cada uno pueda albergar.

Cree que no hay que tenerle miedo al conflicto político; sí hay que tenérselo a la polarización social, a la división rígida entre un *nosotros* y un *ellos*.

En la polarización, las preguntas tipificantes sustituyen a las preguntas de contenido. El tipificante pregunta «de qué lado estás», en lugar de «qué es lo que dices». Eso hace más difícil la búsqueda de salidas, más difícil también cualquier esfuerzo de reconstitución del tejido social. A Beristain le interesa hablar, en las zonas de conflicto, de *todos* los sufrimientos: por ejemplo, no se puede hablar de violencia terrorista sin violencia política. Y le interesa abarcar la memoria incluyente para poder armar una agenda de reconstrucción:

—Personalmente no me interesa el nombre que le vamos a poner, especialmente cuando del nombre que le vamos a poner depende que no encontremos un espacio para poder hablar de las fracturas y de los impactos y de las responsabilidades en esos impactos. En los pueblos, en *todos* ellos, hay más variedad de la que se representa política o mediáticamente.

« Los medios no deben exaltar los pánicos morales ni reproducir en su propio lenguaje las palabras de la polarización; no deben transmitir valoraciones excluyentes sobre grupos humanos como si fueran un conglomerado único y coherente. Hay que pasar del eslogan al contenido. Todo lo que conlleve a la minimización y a la deshumanización del otro debe ser erradicado. Por ejemplo: ‘Ah, como es terrorista, se le puede asesinar’ »



# La Red de Acción Social de la Iglesia

Nació en el año 2005 cuando un grupo de organizaciones sociales de inspiración humanista cristiana acordaron unir esfuerzos para promover las jornadas nacionales de reflexión social. Su motivación: la necesidad de construir una visión compartida de la realidad del país y de sus posibilidades para la actuación concertada.

Desde 2009 puso en marcha un programa común de trabajo denominado *Hablando se entiende la gente*, una iniciativa destinada a promover la paz y la convivencia ante la creciente ola de violencia social que azota al país. La red cuenta no sólo con las organizaciones de carácter nacional que la fundaron sino con organizaciones de carácter local que se constituyen en *capítulos regionales* con sedes en Valencia, Barquisimeto, Maracaibo, Mérida, Guayana y Trujillo.

- Fundación Centro Gumilla
- Universidad Católica Andrés Bello (UCAB)
- Conferencia Episcopal Venezolana (CEV)
- Conferencia de religiosos y religiosas de Venezuela (Conver)
- Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC)
- Asociación Civil Fe y Alegría
- Cáritas de Venezuela
- Movimiento Juvenil Huellas
- Consejo Nacional de Laicos (CNL)
- Grupo Social Cesap
- Asociación Venezolana de Servicios de Salud de Orientación Cristiana (Avessoc)
- Servicio Jesuita a Refugiados (SJR)

# Constructores de PAZ

© 2011, FUNDACIÓN CENTRO GUMILLA  
Caracas, Venezuela

**Producción editorial**  
Lisbeth Mora

**Coordinación editorial y textos**  
Sebastián de la Nuez

**Corrección de textos**  
Marlene García

**Fotografías**  
Mariana Yépez

**Excepto**  
Lisbeth Mora (p. 2)  
Amelia Rodríguez (p. 10 inferior)  
Livia Montes (p. 20)  
Eduardo Mayorca  
y Harold Escalona (pp. 25, 27, 96, 103)  
Alejandro Toro (pp. 10, 13, 15)  
Beatrice Murch (p. 57 inferior, bajo licencia  
Creative Commons 2.0)  
Cortesía Mario Daniel Romanín (p. 59)  
Minerva Vitti (p. 80)

**Ilustraciones**  
Hugo Ramallo

**Diseño y diagramación**  
Bimedia 21 Diseño Editorial C.A.

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito Legal LF 63820118003648  
ISBN 978-980-250-070-3

**Impresión**  
Editorial Arte C.A.

Tiraje: 1.000 ejemplares

Impreso en Venezuela  
*Printed in Venezuela*

Esta publicación ha sido posible gracias al aporte de



**INDITEX**

REF-00138912-1



Edif. Centro Valores P.B., Local 2. Esquina de La Luneta,  
Altagracia, Apdo. 4838, 1010-A Caracas - Venezuela  
Teléfonos: +58 (212) 564 9803; 564 5871; 562 7531.  
Fax +58 (212) 564 7557 • [www.gumilla.org](http://www.gumilla.org)

# Constructores de PAZ

TEXTOS SEBASTIÁN DE LA NUEZ | FOTOS MARIANA YÉPEZ | ILUSTRACIONES HUGO RAMALLO

En las páginas de este bello libro que hoy se abren ante nosotros, nos encontraremos las historias de vida de hombres y mujeres que ofrecen su testimonio y compromiso con la paz. Nos ofrecen su militancia, las causas que empuñan, los proyectos que sueñan y promueven. Vernos en ese espejo puede contagiarnos su potencial transformador.

Estos hombres y mujeres aman la vida y han vencido el miedo, se han atrevido a luchar desde la intemperie, se han unido a otros, trascienden las dificultades de la vida cotidiana porque creen y esperan.